

LUDOVICO ARIOSTO  
**SÁTIRAS**

EDICIÓN  
DE JOSÉ MARÍA MICÓ

Las *Sátiras* (1517-1525), siete episodios de la vida de Ariosto (entre ellos el de su negativa a marchar a Hungría y su agitada estancia en la Garfagnana), conformaron un retrato del espíritu cortesano de su tiempo, enriquecido con intensas y perspicaces observaciones morales.

**Lectulandia**

Ludovico Ariosto

# **Sátiras**

ePub r1.0

Titivillus 03.09.17

Título original: *Satire*  
Ludovico Ariosto, 1534  
Traducción: José María Micó

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## ARIOSTO Y LA VERDAD<sup>[1]</sup>

*Nunc itaque et versus et cetera, ludicra pono:  
quid verum atque decens, curo et rogo et omnis in hoc sum.*

HORACIO

En una carta del 3 de febrero de 1507, Isabella d'Este, recién parida, al agradecer desde Mantua los parabienes de su hermano el cardenal Ippolito, se mostró muy contenta por la elección del emisario, que la había solazado durante dos días «con la narración de la obra que está componiendo». El enviado del cardenal era Ludovico Ariosto, que ya llevaba algunos años pensando en zurcir y desarrollar la trama inacabada e inacabable del *Orlando innamorato*, semillero de aventuras caballerescas para el ocio de los ambientes cortesanos. Desde que Boiardo hizo a los d'Este descendientes del paladín Ruggiero, la corte de Ferrara («la primera ciudad moderna de Europa», dijo Jacob Burckhardt) ostentaba, por decirlo así, la capitalidad del *romanzo*, y Ariosto aceptó con gusto el compromiso de trazar mil fantasías nuevas para «le donne, i cavallier, l'arme, gli amori» y celebrar de paso a la «generosa Erculea prole» de Ippolito. Porque Ariosto, nacido en 1474, se había formado en la época más dulce de la corte estense, la del gobierno de Ercole I, cuando florecían sin estorbo todas las artes, pero tuvo que madurar y servir durante el gobierno de Alfonso I en circunstancias no tan halagüeñas: la muerte de su padre en 1500 le obligó a hacer de cabeza de familia y a aceptar algunas responsabilidades no previstas (por ejemplo, todavía bajo Ercole, la capitanía de la fortaleza de Canossa); después, el talante del nuevo duque, las revueltas internas y los conflictos con los estados rivales deslucieron algo la vida cultural de una corte de la que el poeta, por razón del servicio, tendría que alejarse a menudo. De todos modos, los catorce largos años en que sirvió al cardenal Ippolito (de octubre de 1503 a septiembre de 1517) fueron también, casi al completo, los de la escritura del *Orlando furioso*, cuya primera edición, en cuarenta cantos, salió de la imprenta el 22 de abril de 1516. Isabella d'Este, ya convertida en personaje de la fábula, fue una de sus primeras lectoras.

Ariosto debió de experimentar con tristeza la transformación de la cortesanía en funcionarismo: un día recitaba el prólogo de la comedia / *suppositi*, estrenada con gran éxito en el palacio ducal, y otro día era comisionado por su señor para disculpar ante el papa Julio II ciertos abusos de los d'Este; un día escribía al marqués de Mantua para informarle de los avances del *Orlando*, y otro día, de nuevo en Roma, se batía en retirada bajo las amenazas del mismo papa y perseguido por sus esbirros. En ese período de estipendiario «atado al duro yugo» del cardenal Ippolito (un período aderezado con viajes «por boyas y barrancas», legaciones diplomáticas, campañas bélicas y pesadumbres familiares), Ariosto se sentía a menudo como un «poeta arriero», y no resulta extraño que le acabasen llegando las ocasiones necesarias para

dar con uno de los grandes hallazgos de la literatura moderna: la composición de las *Sátiras*.

En septiembre de 1517 se produjo la ruptura con Ippolito: el cardenal decidió trasladarse con su corte al obispado de Agria (hoy Eger, en Hungría), pero Ariosto, aduciendo razones diversas, se negó a seguirle. Esa es la ocasión de la primera sátira, y las otras seis tuvieron también la suya: un viaje a Roma para asegurarse ciertos beneficios eclesiásticos, la experiencia con un nuevo patrón, el balance de un año en Garfagnana, la boda de un primo, el deseo de encontrar un buen profesor de griego para su hijo Virginio y el rechazo de un honroso cargo en la corte papal. Pero urge decir que en tales ocasiones, y en su cohesión como estímulos de un proyecto, sin duda unitario, de composición de las sátiras, no hubo casualidad alguna: la experiencia de la obra propia y el ejemplo de la ajena fueron decisivos.

Para empezar, estas siete piezas no se entienden sin el *Orlando*, y no solo por contraste (pues a ratos parecen un antídoto contra el elemento cortesano y panegírico de los *romanzi*), sino porque en ellas fructifica ese prodigioso modo de ironía que campea en el *Furioso* y que el bufo *Margante* y el tierno *Innamorato* desconocieron por completo. Como en Cervantes, da la impresión de que esa ironía se debe más a una actitud vital, de genio y de carácter, que a un presupuesto estético. Solo el apego, casi supersticioso, a la confección de versos y octavas de una sonoridad y una plasticidad magníficas aleja al Ariosto «épico» del mejor de sus discípulos, que supo dar al *Quijote* la naturalidad de una prosa conversacional que cien años antes era inconcebible.

Por otro lado, en la *mutatio animi* que desencadenó las sátiras se refleja, vivacísimo, el ejemplo de Horacio. *Non eadem est aetas, non mens*: «‘Mi edad ya no es la misma, ni mi espíritu... Ahora dejo la poesía y los demás juegos fútiles; qué es la verdad y qué es el bien, eso es lo que inquiero y lo que ocupa todo mi ser» (*Epístolas*, I, i, 4 y 10-11). Después de tanta invención, Ariosto quiere beber el áspero jarabe de la verdad, y lo hace asumiendo el proceso horaciano (de los *Sermones* a las *Epistulae*, porque «el autor de epístolas es el ex poeta satírico», como resume con agudeza Claudio Guillén) para fundirlo en una obra nueva, distinta de las anteriores, que no obedece solo a impulsos circunstanciales, que se vincula e involucra explícitamente con la experiencia real del poeta y de sus destinatarios: «L’Ariosto garantisce la referenzialità di *io* identificando in partenza tu con persone concrete» (Cesare Segre). La vieja polaridad entre la sátira y la epístola (y que afectaba de un modo u otro a especies limítrofes ya consolidadas por la *terza rima*, como las elegías o los *capitoli*) se convierte en identidad.

Esa mezcla había de ser muy fértil en la literatura europea, pero pocas veces se dio en una combinación tan armónica. El equilibrio de Ariosto se malogró en otras manos, y los poetas posteriores cayeron, por lo general, de uno de los lados, o el de la sátira intrascendente, que dio lugar a variadas muestras de comicidad, o el de un moralismo pacato y apócrifo, que ofrecía un ideal de vida (o una vida ideal)

aprendido de los antiguos, pero que casi nunca trepidaba con la experiencia real de un hombre. Además, la tradición literaria conocía muy bien esa doble impostura: la burla de vicios y costumbres cuya perpetuación se confiaba a una risotada meramente folclórica, o la alabanza hipócrita de virtudes que no se practicaban y decisiones que no se tomaban. En ese contexto, la agrídulce y voluntariosa moralidad de Ariosto nos interesa porque no surge de la doctrina, sino de la vida: es ejemplar porque es confesional y autobiográfica. Sin ese deseo de confidencia a un amigo —claro está que en el *tú* cabemos todos y que el diálogo empieza estableciéndose con uno mismo— no se entiende, por ejemplo, el humor descarado de algunos pasajes, que debería sorprendernos menos, a la luz de la historia, que la descarnada sinceridad de muchos otros en los que el autor reclama su libertad como artista y su independencia como hombre.

A partir de 1525, Ariosto no escribió, que sepamos, más sátiras. Había pasado tres años como gobernador de un territorio ingobernable y decidió volver a Ferrara. Allí se puso a la tarea, nunca desdeñada, de «fare qualche cosetta» con su *Furioso* (añadió seis cantos en la edición definitiva de 1532) y ajustar algunas cuentas personales (por ejemplo, formalizó en secreto su viejo amor por Alessandra Benucci). También allí, en la «contrada Mirasole», compró una casa que tardó en rehabilitar, pero conservó en su fachada una inscripción latina cuyas primeras palabras han alcanzado celebridad: *Parva, sed apta mihi*. Todo lector de las *Sátiras* caerá en la cuenta de que esa inscripción en la sobria casa de quien había escrito el *Orlando furioso* (aquel libro colosal definido por Galileo como «una galleria regia», un «tondo edificio» y un «palazzo» de maravilla) vale también como lema idóneo de esta breve colección de versos: ‘Pequeña, pero buena para mí’.

J. M. M. J.

# SÁTIRAS



## SÁTIRA PRIMERA<sup>[2]</sup>

### A MICER ALESSANDRO ARIOSTO Y A MICER LUDOVICO DA BAGNO

Quiero que me digáis, compadre Bagno  
y Alessandro fraterno, si en la corte  
se acuerdan todavía de mis cosas;

    si aún me acusa el señor, si algún amigo  
me defiende diciendo por qué causa  
han ido los demás, y yo me quedo;  
    o tan expertos sois en la lisonja  
(el arte más usado entre nosotros),  
que encima le ayudáis a maldecirme.

    Necio del que a su amo contradice,  
aunque afirme que ha visto a pleno día  
mil estrellas y el sol a medianoche.

    Ya decida alabar o ya burlarse,  
se oye al instante el coro de las voces  
armoniosas de cuantos lo rodean;

    y el que por cortedad no se decide  
a abrir la boca, aplaude con el rostro  
y parece decir: «Estoy de acuerdo».

    Critícarne podéis por otras cosas,  
pero alabadme al menos por decirlo  
a cara descubierta y sin engaño.

    Ya he dado mil razones verdaderas,  
y cada una de ellas bastaría  
para justificar por qué me quedo.

    Ante todo la vida, que no hay nada  
mejor, y no la quiero yo más corta  
de lo que el cielo o la Fortuna quieran.

    En esta enfermedad que siento, un leve  
empeoramiento acabará matándome,  
si Valentino y Póstumo<sup>[3]</sup> no yerran.

    Y, aparte su opinión, yo sé mis males  
mejor que los demás, y diferencio  
el remedio eficaz del que me daña.

    Sé que a mi natural no le convienen  
inviernos fríos, y es que allá en el polo

los tenéis más intensos que en Italia.

Y no me dañaría solo el frío:  
el calor de la estufa<sup>[4]</sup> es tan nocivo,  
que de él me aparto como de la peste;  
y ahí todo el invierno hay que pasarlo  
en el mismo lugar: se come, juega,  
se duerme... y lo demás también se hace.

¿Y cómo va a aspirar quien de ahí salga  
el aire atormentado por el soplo  
de los montes Rifeos<sup>[5]</sup> que lo cercan?

Con el vapor que sube del estómago,  
aturde la cabeza y baja al pecho,  
sin duda me ahogaría cualquier noche.

Y el vino humoso<sup>[6]</sup>, que es como un veneno  
para mí, ahí se engulle en cada brindis:  
sería un sacrilegio rebajarlo.

Todos los alimentos se aderezan  
con pimienta, canela y mil aromas  
que el doctor, por nocivos, me prohíbe.

Diréis que yo podría, junto al fuego  
de algún hogar, tener un reservado  
que no oliese a sobacos, pies ni eructos;  
y que me adobarían las viandas  
como quisiese yo, y que a mi gusto  
podría aguarne el vino, o no beberlo.

¿Y estaríais vosotros siempre juntos,  
y yo mañana y noche allá en mi celda  
y a la mesa más solo que un cartujo?

Sería necesario comprar ollas,  
vajillas y cubiertos y aun dotarme  
de los enseres propios de una novia.

Si se aviniese a cocinarme aparte  
el maestro Pasino<sup>[7]</sup> una o dos veces,  
a la cuarta pondrá cara de perro.

Si quiero algún manjar de los que compra  
Francesco de Siver<sup>[8]</sup> para la casa,  
podré en cualquier momento conseguirlo.

Si digo al contador: «Cómprame esto,  
que no enardece el húmedo cerebro;  
esto no, que el catarro sutaliza<sup>[9]</sup>»,

por una vez o dos que me obedezca,  
muchas más veces dejará de hacerlo,

temiendo que su gasto no se apruebe.

Yo me limito al pan, por eso ruge  
la cólera, y así, a las dos palabras  
mis amigos y yo nos peleamos.

Me diríais también: «Haz que tu mozo  
se ocupe de comprar lo que requieras;  
come tu pollo en tu espetón asado».

Yo, por mi mal servicio, no he podido  
sacar del Cardenal tanto provecho  
para hacer de su corte una hostería.

Gracias, Apolo; muchas gracias, santo  
colegio de las Musas: lo que os debo  
no alcanza para hacerme ni un manteo.

«Oh, si el señor te ha dado...»<sup>[10]</sup>. Lo concedo,  
bastante para hacerme algunos mantos,  
mas dudo que haya sido por vosotros.

Él ya lo ha dicho; y yo quiero que sepan  
unos y otros que a mi antojo puedo  
mis versos facturar al Culiseo.

No quiere que las loas que le escribo  
tengan derecho a recompensa alguna,  
pero sí la hay por ir de posta en posta.

Da a quien lo sigue al Barco<sup>[11]</sup> o a la villa,  
lo viste o lo desnuda, a quien de noche  
refresca el jarro para la hora nona<sup>[12]</sup>

o vela hasta que empieza el bergamasco 103  
a forjar clavos<sup>[13]</sup>, tanto, que a menudo  
con la lumbre en la mano cae dormido.

Si mis versos le rinden alabanzas,  
dice que lo hago por pasar el tiempo;  
más grato fuera estar siempre a su lado.

Si en la cancillería de Milán  
gracias a él soy socio de Costabili  
y tengo el tercio de cualquier negocio<sup>[14]</sup>,

es por las veces que espoleo, pico,  
cambio bestias y bridas, cruzo montes  
y barrancos burlando de la muerte.

Hazme caso, Marón<sup>[15]</sup>: si esperas fruto,  
da a un retrete tus versos y la lira  
y aprende un arte más reconocido.

Pero advierte que en cuanto lo consigas,  
tu amada libertad habrás perdido

como si la jugases a los dados;  
y que ya nunca más, aunque llegaseis  
tú y él a la canosa edad de Néstor<sup>[16]</sup>,  
podrás modificar tu situación.

Y cuando intentes deshacer tal nudo,  
confórmate si él, con paz y amor,  
quiere recuperar lo que te ha dado.

A mí, que me he empeñado en no seguirlo  
a ver Agria ni Buda<sup>[17]</sup>, no me importa  
que quiera recobrar lo que fue suyo

(aunque me corte las mejores plumas  
que he ganado en la muda), sino verme  
fuera de su merced y de su afecto,

y que sin fe ni amor diga mi nombre,  
demostrando con gestos y palabras  
que merece su odio y su desprecio.

Y por esta razón he decidido  
no comparecer más en su presencia,  
desde el día en que fui a excusarme en vano.

Si a tu progenie soy tan poco grato<sup>[18]</sup>,  
Ruggiero, si de nada me ha servido  
cantar tu gran valor, tus grandes gestas,

¿qué voy a hacer ahí, si yo no sirvo  
para trinchar perdices en el aire  
ni poner lazo a gavián ni a perro?

Jamás he hecho esas cosas ni sé hacerlas:  
ya estoy mayor para adaptarme ahora  
a quitar o poner botas y espuelas.

No aprecio las viandas y no valgo  
para trinchante: debo ser del tiempo  
en que el hombre vivía de bellotas.

No pretendo las cuentas de Gismondo<sup>[19]</sup>;  
ya no iré más a Roma a toda prisa  
para aplacar la ira de Segundo<sup>[20]</sup>;

y si hubiese que hacerlo, es mal momento,  
pues con la enfermedad que cogí entonces  
no conviene correr por los caminos.

Si ha de hacer tales cosas el que tiene  
sed de oro y estar siempre a su lado  
como hace el Boyero con la Osa<sup>[21]</sup>,

antes quiero quietud que enriquecerme  
o dedicarme tanto a otros encargos,

que el Lete<sup>[22]</sup> acabe por hundir mi estudio.

Aunque no puede dar sustento al cuerpo,  
lo da a la mente con tan noble cebo,  
que merece cultivo sin descanso.

Hace que sienta menos la pobreza;  
que no desee la riqueza tanto  
que mi libertad deje por buscarla;

que no ambicione cosas imposibles,  
que el desprecio o la envidia no me coman  
si el señor llama a Celio o a Marón<sup>[23]</sup>,

pues no espero, en las noches de verano,  
cenar con el señor para ser visto:  
no me deslumbran esas vanidades;

yo voy solo y a pie donde me lleva  
mi deseo, y si quiero ir a caballo  
le amarro las alforjas a la grupa.

Me parece que hay menos culpa en esto  
que en tener que pagar si le encomiendo  
al príncipe la causa de un vasallo,

o en litigar pidiendo beneficios  
sin razón y que vengan los vicarios  
rogando y ofreciendo donaciones.

Hace que quiera levantar al cielo  
las manos por vivir tranquilo en casa,  
ya sea entre villanos o burgueses;

y que, sin otras artes, con los bienes  
paternos, sin vergüenza de mi gente,  
puedo pasar la vida que me queda.

Pero para que no digas que debo  
darte cinco monedas que no tengo<sup>[24]</sup>,  
regresaré al principio de mi fábula.

Para quedarme tengo mis razones:  
la primera ya está; para las otras  
ni una hoja ni dos serán bastante.

Diré solo una más: no debería  
tolerar que mi casa y mi familia,  
al quedar sin sostén, se arruinasen.

De cinco hermanos, Carlo vive donde  
los turcos capturaron a Cleandro,  
y allí tiene intención de estar un tiempo;

Galasso intenta en la ciudad de Evandro  
ponerse sobre el manto algún manteo;

tú, Alessandro, te has ido con el amo.

Queda Gabriel, pero ¿qué quieres que haga,  
si su mala fortuna, siendo niño,  
de pies y manos lo dejó impedido?;

nunca ha estado en la plaza ni en la corte,  
que es asunto crucial para quien debe  
cuidarse del gobierno de una casa.

Pronto se casará la quinta hermana:  
aún está en casa y es tarea nuestra  
entregarle la dote conveniente<sup>[25]</sup>.

La edad de nuestra madre<sup>[26]</sup> me atraviesa  
el corazón; resultaría infame  
que todos la dejásemos de golpe.

Soy el mayor de diez, me siento viejo  
a los cuarenta y cuatro<sup>[27]</sup>, y hace tiempo  
que he de esconder la calva en el bonete.

Paso la vida lo mejor que puedo,  
pero tú, que tardaste dieciocho  
años más en querer salir del vientre,

vuelve con alemanes y con húngaros  
a zaga del señor con sol y frío,  
sírvele por los dos, purga mis faltas.

Si quiere que le sirva (sin sacarme  
del corrillo) con pluma y con tintero,  
puedes decir: «Señor, mi hermano es vuestro».

Yo, desde aquí, con cristalina trompa  
haré su nombre resonar más alto  
de lo que se elevó paloma alguna.

A Filo llegaría, a Cento, a Ariano,  
a Caito<sup>[28]</sup>, pero nunca hasta el Danubio,  
que no tengo los pies para tal salto.

Pero si a mi telar volver pudiesen  
los quince años en que le he servido,  
no dudaría en vadear la Tana<sup>[29]</sup>.

Si piensa que por darme al cuatrimestre  
mis veinticinco escudos (tan inciertos  
que muchas veces se me han discutido)

me puede encadenar como a un esclavo,  
obligarme a que sude, a que tirite,  
muera o enferme sin respeto alguno,

no le dejéis creerlo por más tiempo,  
y decidle que antes que ser siervo

llevaré con paciencia la pobreza.

Hubo una vez un asno<sup>[30]</sup>, todo huesos y nervios, tan delgado, que entró un día por una grieta a un almacén de grano; tanto llegó a comer, que la barriga se le llenó como un tonel enorme (aunque no fue de golpe)<sup>[31]</sup> hasta saciarlo.

Temiendo que los huesos le molieran, quiso salir de donde había entrado, pero ya no cabía por el hueco.

Mientras pugnaba por huir en vano le dijo un ratoncillo: «Compañero, para salir has de vaciar la tripa:

ahora es necesario que vomites lo que has tragado para enflaquecerte; no hay otro modo de pasar la grieta».

Digo, en fin, que si el sacro cardenal cree haberme comprado con sus dones, no me aflige tener que devolvérselos y recobrar mi libertad primera.

## SÁTIRA II<sup>[32]</sup>

### A MICER GALASSO ARIOSTO, SU HERMANO

Tengo necesidad, más que deseo,  
de ir a Roma, ahora que, como serpientes,  
los cardenales mudan sus vestidos<sup>[33]</sup>;  
ahora que las dolencias dañan menos  
a los cuerpos, aunque otra peste azota  
las trabajadas mentes de los hombres:  
cuando la rueda, que ya no castiga  
al malvado Ixión, se queda en Roma  
angustiando a las almas con mil pleitos<sup>[34]</sup>;  
Galasso, junto al templo al que da nombre  
aquel valiente apóstol<sup>[35]</sup> que la oreja  
de Maleo separó de su melena,  
busca una estancia para cuatro bestias:  
yo y mi buen Gianni somos dos; las otras  
serán un mulo y un jamelgo viejo.  
La habitación o cueva que me aloje  
la quiero luminosa, no muy alta  
y con comodidad para hacer fuego.  
Y no descuides las cabalgaduras,  
que de muy poco sirve tener sido  
en la cuadra si falta paja o heno.  
Quiero un colchón que les resulte blando  
a mis costillas, de algodón o lana,  
para no ir a dormir a la posada.  
Provéeme de leña seca y buena;  
de alguien que me cocine sin remilgos  
un pedazo de vaca o de carnero,  
que no me gustan esos que procuran  
resucitar el hambre con mil salsas,  
por si estuviese muerta y enterrada.  
Que su asador o su puchero pringuen  
del morro a las orejas a Vorano<sup>[36]</sup>,  
nacido sólo para hacer estiércol,  
porque más que saciar con alimento  
el hambre, da en comer para que el hambre  
le baje la comida por el vientre.



El camarero nuevo, que yantaba  
ajo y pan, y que mientras sus hermanos  
guardaban las azadas conducía

los bueyes, hoy persigue al cocinero  
y detesta comer siempre lo mismo:  
quiere faisanes, tórtolas, perdices...

Ahora es capaz de distinguir comiendo  
jabalí o choto que han pacido en monte  
de aquellos que proceden de Elísea<sup>[37]</sup>.

Quiero el agua del río, no de fuente,  
y que ni el puente Sisto<sup>[38]</sup> ni otro alguno  
la hayan visto pasar hace seis días.

El vino me da igual; no lo desprecio:  
para templar el agua basta un poco  
y lo puedo comprar en la taberna.

Los nuestros, que han nacido entre pantanos,  
jamás los bebo sin mezclar con agua,  
porque me aturden y me dan ronquera.

¿Cómo serán los vinos que han granado  
en algún roquedal del ladrón corso,  
del griego infiel o del ligur voluble<sup>[39]</sup>?

Bébaselo en su cuarto fray Beodo,  
mientras los feligreses, en ayunas,  
lo esperan para oír los Evangelios;

suba después al púlpito, más rojo  
que un cangrejo cocido, amedrentando  
con sus gritos a todos los presentes,

y luego estigmatice a fray Gualengo,  
micer Moschino y todos sus cofrades<sup>[40]</sup>  
por causar la escasez de la garnacha

o hartarse de pichones y capones  
en Gorgadello o donde el Moro<sup>[41]</sup>, y él,  
escondido en su celda, hace lo mismo.

Búscame algunos libros con que pueda  
matar las horas en que los prelados  
ordenan al ujier que no entre nadie;

igual que en la hora tercia hacen los frailes,  
tan bien arrellanados a la mesa,  
que no hacen caso de la campanilla.

«Señor —diré (ya nadie dice hermano,  
porque la vil adulación de España  
llevó la cortesía hasta el burdel)—,

»señor— diré (aunque sea un simple mozo de espuela)—, haced, por Dios, que Monseñor Reverendísimo oiga una palabra».

«*Agora non se puede, et es migliore que vos toméis a la mañana*». «Hacedle saber al menos que aquí fuera espero<sup>[42]</sup>».

Responde que el señor no va a atender las embajadas, aunque vengan Pedro, Pablo, Juan y el Maestro Nazareno<sup>[43]</sup>.

Si con ojos de lince entrar pudiese adonde el pensamiento y penetrar, como si fuesen de cristal, los muros, los vería ocupados en tal cosa, que con razón procuran ocultarse del sol, y no tan solo de mis ojos.

Quédense en su labor ahí encerrados, que la nuestra es gozar en el camino los sabios dichos de los doctos libros.

Sé que quieres saber qué me ha movido a ver el Aventino: es porque espero atar con pergamino, lino y plomo, para que nadie pueda arrebátarmelos, ciertos dineros en Milán logrados con que poder vivir, aun siendo pocos, y conseguir así ser el primero en rapiñar Santa Ágata, si muere el arcipreste y sigo yo con vida<sup>[44]</sup>.

¿Y también voy a dar yo de cabeza en la red que el diablo tiende a aquellos que de sangre de Cristo están sedientos?

Ya verás, si Dios quiere que esta iglesia esté en mi mano, que la cedo a alguien honesto, sabio y de costumbres santas, que a su riesgo se ocupe: yo no quiero ni casulla ni túnica, y tampoco que una tonsura adorne mi cabeza<sup>[45]</sup>.

Tampoco quiero verme entorpecido con estolas ni anillos ni quedarme sin poder elegir esto o aquello.

Si me ordeno, será inútil que sienta deseo de mujer; si mujer tomo, no convendrá seguir vistiendo el hábito.

Y como sé muy bien cuán fácilmente  
cambio de parecer, evito atarme  
con nudos que no puedan deshacerse.

Quizá desees preguntarme ahora  
por qué quiero cargar con tan gran peso  
si voy a reclinarme en otros hombros.

Porque si no atrapase este regalo  
de la Fortuna, todos los hermanos,  
además de acusarme, me odiaríais.

El viejo<sup>[46]</sup>, a quien cumplía la prebenda,  
sabiendo que su muerte deseaban  
y temiendo acabar envenenado,

me rogó que acudiese para darme  
su renuncia en la corte y de ese modo  
quitarle la esperanza al asesino.

Intenté que aceptase traspasarla  
a tus manos o a manos de Alessandro<sup>[47]</sup>,  
que no tiene aversión a la tonsura;

pero no se fiaba de vosotros  
ni de sus amistades más cercanas:  
acabé siendo el único elegido.

Muchos opinarán que es desatino  
mi decisión de no seguir la vía  
que a tan grandes honores suele alzamos.

Ha subido tan alto a miserables,  
necios, infames, sórdidos e inútiles,  
que hasta los soberanos los adoran.

Pero ¿hay alguien que pueda envanecerse  
de no tener, aun siendo sabio y santo,  
ni una pequeña mancha de locura?

Cada cual con la suya; esta es la mía:  
si hay que perder la libertad, desprecio  
el más rico capelo que haya en Roma.

¿De qué me sirve presidir la mesa  
si no he de hartarme más que el que se sienta  
en la mitad o al fondo? De igual modo

que sucede al comer, tampoco tengo  
más sosiego, más paz, más alegría  
por llevar cinco mitras en la testa.

Hay algunos que tienen por gran dicha  
dirigirse con cien acompañantes  
a palacio y que el vulgo los contemple.

Para mí es gran desdicha: estoy tan loco,

que pienso y digo que en la vana Roma  
el señor es más siervo que el criado.

Estos no han de servir en otra cosa  
que estar con su señor cuando cabalga;  
después van o se quedan a su antojo.

Tan solo les oprime el corazón  
que Fiammetta<sup>[48]</sup> esté lejos, y a menudo  
se les pasa la hora del puchero.

Este va donde quiere, a pie, a caballo,  
solo o acompañado, y se detiene  
en Ponte, Banchi y las callejas próximas<sup>[49]</sup>;

viste una capa o roja o amarilla  
o negra, y si no tiene, va en camisa,  
y a nadie le parece esto un defecto.

El otro, por forrar de verde el negro  
capelo<sup>[50]</sup>, deja oficios provechosos  
y escoge menor lucro y más problemas.

Da a muchos de comer y tiene poco  
que gastar, porque ya ha empeñado en bulas  
la cosecha de dos años seguidos;

han vencido dos plazos de la deuda  
y al tercero ya ve su nombre expuesto  
a la vergüenza pública en un muro.

Tiene que ir a San Pedro a toda prisa,  
y le impiden entrar porque en su séquito  
ni lleva cocinero ni contable.

Fuera, la ínula tiene rota un anca,  
o la silla y las cinchas, o ha llegado  
cansada y desherrada desde Ripa<sup>[51]</sup>.

Si con él no cabalga hasta el sollastre,  
el pobre no saldrá, pues cree infame  
ir sin llevar detrás su comitiva.

Su estudio no está en Marco ni en Mateo,  
sino en el modo de tasar el gasto,  
por si el mucho tirar le rompe el arco.

«Quizá haya alguno de ellos que, contento,  
con la iglesia, el oficio, la abadía,  
no sufra por establos ni cocinas<sup>[52]</sup>».

Pero padece, ay, pues medrar quiere.  
Quejoso con su puesto, aspira al grado  
que al de Sumo Pontífice segunda<sup>[53]</sup>.

Lo consigue, y le lleva su deseo

al alto trono por el que San Giorgio  
tanto luchó y se mortifica en vano<sup>[54]</sup>.

¿Y qué hará cuando esté en la santa cátedra?  
Enseguida a los hijos o sobrinos  
de la vida civil querrá apartarlos.

No pensará asignarles los dominios  
de aqueos o epirotas, ni nombrarlos  
déspotas en Morea o en el Arta<sup>[55]</sup>,

ni usurparle el reinado al Otomano,  
a lo que toda Europa ayudaría  
y haría de su oficio un digno oficio.

La Columna romper, matar al Oso  
y ganar Tagliacozzo y Palestrina  
para los suyos es su afán primero.

Dejando a uno en la Marca estrangulado  
y al otro en la Romaña sin cabeza,  
triunfará, sucio de cristiana sangre.

Italia entregará a Francia o a España,  
con tal de que, tras revolverla, dejen  
a su sangre bastarda algún pedazo<sup>[56]</sup>.

Y veremos después al fiero Marte<sup>[57]</sup>  
llenar de excomuniones mil papeles  
y conceder plenarias indulgencias.

Si hay que enrollar al alemán o al suizo,  
es necesario conseguir más fondos  
y el servidor padece el perjuicio.

Con mucha claridad siempre he sabido  
que obispos, cardenales, sumos Padres  
nunca tienen dinero suficiente.

Aunque sea ignorante, vil, estúpido  
y aún peor, si hay caudales, él hará  
lo que quiera; y gruñid cuanto os parezca.

Para eso son las grandes estrecheces,  
los ahorros con que la servidumbre  
vive hambrienta y se exclama inútilmente.

Cuanto más rico es, más adelgaza  
el gasto, y determina ir apartando,  
de lo que ingresa al año, los tres cuartos.

Las ocho onzas de carne por cabeza  
quedan en media libra, y un pan malo,  
sin cerner la cizaña ni la paja.

Con tal pan y tal carne dan las heces

de un vinazo que tiene una picada  
aún más mortal que la de lanza o flecha,  
o es que quizá se escurre porque teme  
romperse el cuello si le dan la vuelta<sup>[58]</sup>:  
será mejor beber el agua pura.

Si al menos la baqueta me dejase<sup>[59]</sup>  
llenar la andorga, me conformaría,  
aun sin probar ni pollo ni ternera.

«Esto —dirás— un servidor discreto  
lo ha de sufrir: si Monseñor prospera,  
prospera también él, y ha de alegrarse».

Esta esperanza pocos la consiguen,  
pues por dar sitio a los criados nuevos,  
los viejos pierden el honor y el cargo.

Halla el señor trinchante, camarero,  
secretario a su gusto, y tendrás suerte  
si no te aparta de su servidumbre.

Qué bien habló el mulero aquella tarde  
en que, al volver del bosque, le dijeron  
que a su patrón lo habían hecho papa:

«Por mí mejor sería que siguiese  
de cardenal: hoy azucé a dos mulos,  
mañana serán tres; a quien la quiera,  
le vendo la ganancia por dos julios<sup>[60]</sup>».

## SÁTIRA III<sup>[61]</sup>

### A MICER ANNIBALE MALAGUCIO

Quieres saber, Aníbal, si me siento  
más abrumado con las nuevas cargas  
y qué tal ando con el duque Alfonso,  
pues si también me quejo me dirás  
que tengo mataduras muy sensibles  
o soy de natural un rocín lento:

te diré al pronto, sin pensarlo mucho,  
que me enfadan lo mismo los dos pesos  
y es mejor no llevar a nadie encima.

Di que me he roto el lomo; di, si quieres,  
que soy un matalón, o peor incluso,  
pues yo no sé vivir sin ser sincero.

Si hubiese hecho a mi padre, en cuanto Daria<sup>[62]</sup>  
me parió en Reggio, aquello que Saturno  
le hizo al suyo<sup>[63]</sup> en la morada excelsa,  
para que fuese solo mío el magro  
caudal que diez hermanos (entre hombres  
y mujeres)<sup>[64]</sup> debemos repartirnos,  
nunca hubiese incurrido en la locura  
de las ranas<sup>[65]</sup> de andar buscando a alguien  
ante el que descubrirme y humillarme.

Pero ya que hijo único no he sido,  
como Mercurio nunca amó a los míos<sup>[66]</sup>  
y tengo que vivir a costa ajena,  
prefiero alimentarme junto al Duque  
que andar vagando entre la humilde plebe,  
pordioseando el pan como un mendigo.

Sé que me aparto del sentir común,  
que estima honor estar en una corte;  
yo, al contrario, lo estimo servidumbre.

Quédese ahí a su gusto quien la aprecia,  
que yo me escaparé si un día el hijo  
de Maia<sup>[67]</sup> me concede alguna gracia.

Una silla o albarda no se adapta  
a cualquier lomo; hay quien no la nota  
y a otro le duele, aprieta y martiriza.

No durará en la jaula el ruiseñor;  
el pintón y el jilguero son más fuertes;  
la golondrina morirá en un día.

Quien busca honor de espuela o de capelo<sup>[68]</sup>  
sirva a rey, duque, cardenal o papa;  
yo no, que nada de eso me preocupa.

Mejor me sabe en casa cualquier nabo  
que yo guiso y ensarto y mondo y luego  
me aliño con vinagre y con arrope,  
que en mesa ajena codorniz o tordo  
o jabalí; y debajo de vil manta  
duermo igual que si fuese de oro o seda.

Prefiero reposar mis pobres miembros  
que presumir de haberlos paseado  
entre indios, etíopes o escitas.

Los gustos de los hombres son diversos:  
uno quiere tonsura y otro espada,  
uno su patria y otro extrañas tierras.

Quien quiera viajar, viaje y vea  
Hungría, Francia, España e Inglaterra;  
yo prefiero vivir en mi comarca.

Vi Toscana, Romaña, Lombardia,  
el monte que divide y el que cierra  
Italia<sup>[69]</sup>, y los dos mares que la bañan.

Esto me basta; el resto de la tierra,  
sin pagar hospedaje, lo iré viendo  
(esté en guerra o en paz) con Tolomeo<sup>[70]</sup>,  
y el mar entero surcaré en los mapas,  
sin hacer votos cuando el cielo anuncie  
tormenta, y más seguro que en un leño<sup>[71]</sup>.

El servicio del Duque, que es muy bueno  
en cualquier parte, lo prefiero en esta:  
no se suele alejar del nido patrio.

No estorba a mis estudios ni me lleva  
a donde nunca partiré del todo,  
porque mi corazón siempre se queda<sup>[72]</sup>.

Parece que me dices entre risas  
que lo que me retiene es el amor  
de mujer, no a la patria o al estudio.

Te lo confieso con franqueza: cierra  
la boca, que en favor de la mentira  
jamás tomé la espada ni el escudo.



Sea cual sea la razón, me quedo  
aquí porque yo quiero; nadie puede  
saber mejor que yo cuál es mi cuita.

Si yo hubiese ido a Roma, dirá alguno,  
a atrapar beneficios con el lazo,  
ya tendría en mi trampa más de uno;

porque, además, yo he sido viejo amigo  
del papa aun antes de que la virtud  
o la suerte lo aupase al sumo oficio,

y antes de que las puertas florentinas  
se abriesen para él y su Giuliano  
se refugiase en la feltresca corte<sup>[73]</sup>,

donde con el creador del cortesano,  
Bembo y otros acólitos de Apolo,  
hizo su exilio menos riguroso;

y aun después, cuando recuperaron  
los Médicis su patria y de Palacio  
huyó el Confalonier tras el desastre<sup>[74]</sup>;

y hasta que se fue a Roma a ser León<sup>[75]</sup>,  
yo siempre le fui grato, y parecía  
que a muy pocos amaba más que a mí;

y muchas veces, en sus legaciones  
y en Florencia, me dijo que no haría  
entre su hermano y yo ningún distingo.

Por eso alguno creerá muy fácil  
que, de acudir yo a Roma, ya me hubiese  
cubierto con la cresta verdinegra<sup>[76]</sup>.

A quien así lo piense le respondo  
con un ejemplo. Léelo: te cuesta  
menos leerlo a ti que a mí escribirlo.

Hubo un tiempo en que ardió tanto la tierra,  
que diríais que el Sol mandó de nuevo  
que Faetón detuviese sus corceles;

se secaron los pozos y las fuentes;  
arroyos, lagos, ríos caudalosos  
se podían cruzar sin puente alguno.

Había entonces un pastor tan rico  
o, por mejor decir, tan abrumado  
por la abundancia de lanosas greyes,

que después de buscar en vano el agua  
por mil cavernas, apeló al Señor  
que no defrauda a quien en El confía;

por iluminación supo que lejos de allí podría hallar, en lo más hondo de cierto valle, el deseado líquido.

Se llevó a su mujer, sus hijos, todo lo que tenía, y con sus herramientas encontró el agua sin cavar muy hondo.

Como solo tenía un vaso estrecho y muy pequeño, dijo: «No os moleste que sea para mí el primero; luego

»beberá mi mujer; para mis hijos el tercero y el cuarto, hasta que cese la ardiente sed que a todos nos abrasa;

»los demás, uno a uno, los concedo, según su esfuerzo, a aquellos servidores que han estado conmigo haciendo el pozo.

»Para las bestias es aconsejable que se atienda en primer lugar a aquellas cuyo remedio sea más preciso».

Uno tras otro acuden a beber por esta ley, y todos exageran sus virtudes por no quedarse en zaga.

En esto una picaza muy amada por su señor, criada con halagos, que todo lo escuchaba, gritó: «¡Ay!

»Yo que no soy pariente ni he acudido a hacer el pozo, y que ningún provecho le he dado ni podré proporcionarle,

»veo que quedaré detrás de todos y moriré de sed, si no consigo para salvarme algún otro riachuelo».

Sigue este ejemplo, primo, y no hagas caso de quienes dicen que me pondrá el Papa antes que a Neri, Vanni, Lotti y Bacci<sup>[77]</sup>.

Primero beberán sus muchos deudos y sobrinos; después, quienes lo auparon a vestirse el más bello de los mantos.

Después de esto querrá que beban quienes, para restituirlo en su Florencia, se sublevaron contra Soderino<sup>[78]</sup>.

Uno dice: «Yo estuve en Casentino con Pedro, y casi acabo preso y muerto». «Yo dinero le di», grita Brandino.

Otro dice: «Yo tuve un año entero

a su hermano a mi costa, bien vestido,  
con armas, con caballo y con caudales».

Si tengo que esperar para saciarme  
hasta que los demás hayan bebido,  
o el pozo o yo nos quedaremos secos.

Es preferible la quietud usada  
a saber que Fortuna no alza a nadie  
sin antes zambullirlo en el Leteo<sup>[79]</sup>.

Quizás, aunque los otros se sumerjan,  
él no se habrá acercado a la ribera  
que borra toda huella del pasado.

Doy testimonio aquí de lo que escribo:  
cuando besé sus pies por vez primera  
no parecía estar desmemoriado.

Desde su sacro asiento se inclinó,  
tomó mi mano, luego mis mejillas  
y en ellas me estampó su santo beso.

De aquella bula me perdonó media,  
y mi amigo Bibbiena se ha ocupado,  
a mi cargo, de todas las gestiones.

Después, henchidos de ilusión el pecho  
y la falda, me tuve que ir, calado  
por la lluvia, a cenar hasta el Montone<sup>[80]</sup>.

Y si fuese verdad que el Papa cumple  
todo lo que ha ofrecido y quiere darme  
el fruto por los años que he sembrado,

y me otorga más mitras y diademas  
de las que ve el Jonás de la Capilla  
en la misa papal todas reunidas<sup>[81]</sup>,

y que me atesta de oro los bolsillos,  
las mangas y el regazo y, si no basta,  
la garganta, el estómago y las tripas,

¿se acabará con esto aquella enorme  
voracidad de poseer? ¿Con esto  
se saciará mi hidrópica cerasta<sup>[82]</sup>?

Iré de Marruecos al Catay,  
del Nilo a Dacia, no tan solo a Roma,  
por dar satisfacción a mis deseos;

y cuando llegue a cardenal o sea  
el Siervo de los siervos y no encuentren  
límite mis deseos arrogantes,

¿para qué he de cansarme procurando

subir tantos peldaños? Mejor fuera  
reposar más o fatigarme menos.

Cuando el mundo era joven todavía,  
la gente era inexperta y se ignoraban  
todos los embelecos que hoy existen,  
al pie de un alto monte cuya cima  
casi tocaba el cielo, ciertas gentes  
que habitaban aquel ignoto valle  
contemplaban los giros y mudanzas  
de la luna en el cielo, ya estuviese  
con o sin cuernos, ya llena o menguada,  
y pensando alcanzarla si subían  
a la cima del monte y de este modo  
ver cómo aumenta y cómo empequeñece,  
treparon por el monte hacia la luna  
(unos con sacos, otros con capachos)  
con ávido deseo de atraparla.

Pero después, al ver que no podían  
acercarse, caían abatidos  
y se exclamaban por su vano esfuerzo.

Y quienes desde abajo los miraban,  
creyendo que lo habían conseguido,  
se acercaban con paso apresurado.

Este monte es la rueda de Fortuna,  
en cuya cima piensa el vulgo necio  
que está la dicha, pero no hay tal cosa<sup>[83]</sup>.

Si el ser feliz reside en la riqueza  
o en el honor, yo alabaré a quien quiera  
encaminar a ellos su deseo;

mas si los papas y los reyes (dioses  
en nuestra tierra) están siempre afanosos,  
yo jamás los podré llamar felices.

Si al Turco me comparo en las riquezas  
y en dignidad al Papa y aún pretendo  
subir más alto, poco me aprovecha.

Lo que conviene, en fin, es que me ocupe  
de no pasar apuros en la vida,  
que es lo que yo más quiero en este mundo.

Mas si el hombre es tan rico ya que tiene  
lo conveniente a la naturaleza  
y a malignos deseos pone el freno;  
que no debe ayunar cuando precisa  
quitarse el hambre y nene techo y fuego

que del sol o del frío lo protejan,  
y no se ve obligado a andar a pie  
si cambia de lugar y tiene en casa  
quien disponga la mesa y haga el lecho,  
¿qué más puedo tener si un día luzco  
la cabeza rapada o con tonsura<sup>[84]</sup>?  
Todos los vasos tienen su medida.

También conviene, es cierto, estar atento  
con el honor, pero evitando siempre  
que lleve a una ambición desmesurada.

El verdadero honor es que te crean  
hombre de bien y de verdad lo seas;  
si no, se apagará pronto la llama.

No me parece honroso que te llamen  
o caballero o conde o reverendo,  
si no hay en ti nada mejor que el título.

¿De qué sirve vestirse de oro y seda  
para ir a la plaza o a la iglesia  
y que el pueblo ignorante se descubra  
y diga a tus espaldas: «Ese es quien,  
debiendo defender la Porta Giove<sup>[85]</sup>,  
la entregó por dinero a los franceses»?

¡Cuántas cadenas, cuántas nuevas túnicas  
por el honor se compran, y que en Roma  
y en otras partes son vituperadas!

Vestir de campesino y ser honesto  
lo prefiero a vestir de oro y tener  
mácula de traidor o de tramposo.

Contrario a mi opinión, el Bomba<sup>[86]</sup> grazna:  
«Tenga yo mi provecho, aunque lo deba  
a las cartas marcadas o a los dados:  
»se reverencia más a la riqueza  
que a la virtud; la infamia no me importa:  
también se acusa y se maldice a Cristo».

Calma, no alces la voz, cállate, Bomba:  
los que a Cristo maldicen son peores  
que quienes lo crucificaron; piensa  
que los buenos y honestos te critican  
con razón, pues con dados y con naipes  
logras los bienes muebles y aun inmuebles.

Y tú les das motivo: en esta tierra  
nadie desgarra tantas telas de oro,

brocados, terciopelos y cendales.

Mostrando vas lo que esconder debieras,  
y en lugar de taparlos, das más lumbre  
a tus hurtos, y todos se preguntan

(sabios y locos) cómo has conseguido  
levantar tantas villas y palacios  
en pocos años y por qué en tal modo  
te vistes y derrochas; la respuesta  
es que te consideras un gran hombre,  
y encima en tu interior te regocijas.

Mientras no se lo digan a la cara,  
el Borna<sup>[87]</sup> no se ofende si a su espalda  
alguien murmura que mató a su hermano.

Aunque estuvo exiliado un tiempo, hoy goza  
la herencia, y quien desea su ruina  
en vano se concome y se atormenta.

Aquel otro se expone a la ignominia  
cuando luce la mitra puntiaguda<sup>[88]</sup>  
que con tanta vergüenza ha conseguido.

Con menos pelo que una calabaza,  
por sus ruines servicios ha logrado  
el cargo que repugna a los espíritus  
humanos, celestiales e infernales.

## SÁTIRA IV<sup>[89]</sup>

### A MICER SISMONDO MALEGUCIO

Hoy, vigésimo día de febrero,  
hace ya un año que, desde los montes  
que envían su ventisca a los toscanos,  
vine a caer aquí (donde se mezclan  
entre dos puentes las sonoras aguas  
del Túrrita y del Serchio) a vigilar  
a la grey garfanana, como quiso  
mi señor, que a su amparo la tenía  
después de que el León yaciera en Roma<sup>[90]</sup>,  
pues la había arredrado y ahuyentado  
y mordido y, de no mediar el cielo,  
hubiese resultado un mal pastor.

Y es la primera vez en tanto tiempo  
que saludo a las diosas que custodian  
la planta de que tanto comí antaño<sup>[91]</sup>.

El cambio ha sido tal, que me ha ocurrido  
como al ave que, puesta en otra jaula,  
se pasa muchos días sin cantar<sup>[92]</sup>.

Ay, primo Maleguzzo, no te extrañe  
que haya callado, extrañate si acaso  
de que no he muerto ya de rabia al verme  
a cien millas y más, y separado  
por nieves, bosques, ríos, de la única  
que de mi corazón lleva las riendas<sup>[93]</sup>.

A los demás amigos doy razones  
más dignas, la verdad, pero contigo  
confieso libremente mi pecado.

Cualquiera que me oyese, a mis espaldas,  
con ojo torvo y con torcido gesto,  
«¡Ved qué mala cabeza! —se diría—.

»¡Que un hombre a quien compete gobernar  
un pueblo y que se acerca a los cincuenta<sup>[94]</sup>  
ande con pensamientos de muchacho!».

Sería más verdad que el Evangelio,  
pues, aunque yerro, no soy tan cegato  
para no ver mi error ni condenarlo.

¿Y de qué sirve condenarlo y verlo  
si no lo puedo reparar ni hallo  
ningún remedio para tal veneno?

¡Feliz tú, fuerte y sabio, que a tu antojo  
puedes hallarte libre de estos clavos  
que la naturaleza nos remacha!

A mí me clavó este, y no es tan malo  
como el de alguno que anda vigilándome  
y no puede sufrir que no me enmiende,  
y, como alguno que yo sé, denuncia  
los cuernos de los otros y no sabe  
cuál es la longitud de su cimera.

Yo no mato, no hiero, no importuno  
a nadie, solo siento estar tan lejos  
de la mujer que siempre está conmigo:  
no digo que no sea yerro el mío,  
mas no tan grave que no pueda el vulgo  
—que admite otros peores— perdonarme.

Y no es que el vulgo lave injustamente  
manchas mayores, sino que a menudo  
título de virtud concede al vicio.

Ermiliano arde igual por el dinero  
que el Gianfa por Alexis<sup>[95]</sup>, y lo pide  
siempre, a cualquiera y en cualquier lugar;  
no ama ni al amigo, ni al hermano,  
ni a sí mismo, y se tiene por un hombre  
de gran valor, ingenio y buen gobierno.

El hinchado Rinieri<sup>[96]</sup> tiene en poco  
su posición; se obstina en dar un salto  
y alcanzar lo que en tres no lograría.

Si alguien viste mejor, no lo tolera;  
quiere halconero, contador, trinchante,  
cocinero, y también quien lo descalce.

Hoy se vende un solar y otro mañana;  
lo que padres y abuelos consiguieron  
con trabajo, lo pierde a manos llenas.

No hay quien le muerda ni le ladre, pero  
tiene nombre de pródigo y magnánimo  
entre el vulgo ignorante y deshonesto.

Solonio<sup>[97]</sup> va con tal montón de asuntos,  
que acabaría muerto el más fornido  
mozo de cuerda que anduviese a Roma.



Lo ves en Banchi, en la aduana, el puerto  
la cámara apostólica, en Castello,  
y va en un santiamén de un puente al otro.

Día y noche se estruja la sesera  
por conseguirle al Papa más ganancias  
con nuevas cargas, multas y tributos.

Goza al saber que todos se lamentan  
y dicen que en provecho del patrón  
no repara en parientes ni en amigos.

El pueblo lo odia, y con razón, si es cierto  
que de todos los males que hoy azotan  
a la ciudad él es el responsable.

Pero en cambio es tenido por magnífico  
y nunca habla con noble o con plebeyo  
a menos que primero se descubran.

Laurino<sup>[98]</sup> se apodera de su patria,  
convirtiendo lo público en privado:  
confina a tres y a seis los decapita;

comienza como zorro, pero acaba  
con fuerza de león, cuando está el pueblo  
embaucado con dones y promesas:

aupando al malo y afrentando al bueno,  
tiene fama de sabio y está sucio  
de robos, violaciones y homicidios.

Así da honor a quien merece ultraje;  
siempre en tinieblas, su menguado juicio  
no sabe discernir entre las culpas;

cree que el cuervo es cisne y cisne el cuervo;  
si se enterase de que amo, al punto  
pondría cara de probar vinagre.

Que piensen y que opinen lo que quieran:  
yo te confieso, en suma, que he perdido  
la diversión, el canto, la alegría.

Esta es la causa principal; podría  
darte las otras mil que me han llevado  
muy lejos de las diosas de Parmeso<sup>[99]</sup>.

En otro tiempo me inspiraron mucho  
los lugares amenos con que Reggio,  
mi terruño natal, tanto se adorna.

Evoco sin cesar tu hermosa villa  
del Mauriciano<sup>[100]</sup>, el Ródano vecino,  
amada cuna umbrosa de las náyades,

el límpido vivero que bordea  
el jardín, y allá el río que refresca  
y riega el campo, y más allá el molino;  
de mi memoria no se van las viñas,  
los surcos que fecunda el fértil Iaco<sup>[101]</sup>,  
el valle, el cerro y la asentada torre.

En una u otra umbría, ahí sacaba,  
en varias lenguas y en diverso estilo,  
mis riachuelos del gorgonio lago<sup>[102]</sup>.

Estaba entonces en mi abril o mayo,  
pero ahora es octubre y ya han quedado  
atrás también los días de mi estío.

Pero si el corazón no se serena,  
ni los valles de Ascra o de Libetro<sup>[103]</sup>  
podrán sacarme un metro ni una rima<sup>[104]</sup>.

¿Habrá un lugar menos conforme que este  
a los sacros estudios, tan vacío  
de alegrías, de horrores tan repleto?

Entre el Noto y la Aurora, estoy cercado  
por la desnuda Pania y la quebrada  
que da celebridad a un peregrino<sup>[105]</sup>.

En esta hundida fosa en la que habito,  
no puedo dar un paso sin subir  
la cuesta del selvático Apenino.

Tanto en la Roca<sup>[106]</sup> como fuera, siempre  
escucho acusaciones, pleitos, robos,  
asesinatos, odios y venganzas;

y con tranquilo o con airado rostro,  
me incumbe suplicar, amenazar,  
condenar o absolver según el caso;

llenar pliegos a diario y despacharlos  
al Duque para ver si con su ayuda  
ahuyento a los ladrones que me cercan.

No sabes el desorden que aquí reina  
desde que la Pantera y el León  
tuvieron al país entre sus garras<sup>[107]</sup>.

Los asesinos forman banderías  
tales, que la que tiene que prenderlos  
no se atreve a sacar el estandarte.

¡Sabio el que no se aleja del Castillo!  
Yo escribo a quien le ataño, pero nunca  
es la respuesta como la quisiera.

Cada pueblo se alza por su cuenta,  
y son ochenta y tres, desavenidos  
por esta sedición que no termina.

Tú verás si querrá venir Apolo,  
cuando lo invite, desde Cinto y Delfos,  
a soportar las riñas de estas grutas.

Podrías preguntar quién me ha apartado  
de dulce estudio y grata compañía  
hasta este abominable laberinto.

Sabes que nunca ha sido mi deseo  
avaricioso y que me contentaba  
con el salario que en Ferrara tuve;

pero quizá no sepas que, por causa  
de la guerra, primero fue espaciándose  
y luego el Duque decidió anularlo.

No lo sentí mientras duró la guerra,  
pero sí cuando vi que, ya pasado  
el peligro, la mano no se abría.

Y además en Milán pedía en vano,  
mudas las leyes entre tantas armas,  
los rendimientos de mi beneficio<sup>[108]</sup>.

Apelé al Duque: «Vos debéis sacarme,  
señor, de esta penuria, o no os moleste  
si voy a procurarme otro sustento».

Era reciente entonces la revuelta  
en que los garfañinos obligaron  
a Marzocco a buscarse nuevos feudos<sup>[109]</sup>,

y con frecuentes cartas y embajadas  
demandaron que el Duque repusiese  
al punto sus honores y caudillos.

Y de modo imprevisto fui elegido,  
quizá porque ya no quedaba tiempo  
para una solución más adecuada,

o porque mi señor creyó más leve  
aprieto el de sus súbditos que el mío,  
y yo se lo agradezco en lo que vale.

Porque sin duda su intención fue buena,  
aunque no me contenta el don, que es grande,  
pero poco conforme a mi deseo.

Y si por mí preguntas a estos hombres,  
te dirán que sus obras execrables  
precisaban dureza y no clemencia.

Quizá es que son tan descontentadizos

como yo, pues me ocurre como al gallo  
que halló una perla y no supo apreciarla<sup>[110]</sup>.

Soy como el veneciano a quien el rey  
de Portugal le regaló un caballo  
magnífico nacido en Mauritania,

y que, sin advertir que no es lo mismo  
llevar timón que gobernar las riendas,  
con tal de agradecer el real obsequio,

se montó con las manos en el fuste  
y las espuelas fijas en la tripa:

«No quiero —se decía— que me tires».

Siente el caballo el hierro y se desmanda;  
el timonel le clava más la espuela,  
aguda como lanza, mientras tiñe

la boca y el bocado con la sangre:  
el caballo no sabe si hacer caso  
al aguijón o al freno y con dos brincos

logra desensillar al caballero,  
que en el suelo se cae con el costado,  
la espalda y la cabeza bien molidos.

Se alzó por fin, blanco de polvo y miedo,  
no muy contento con el rey, y estuvo  
mucho tiempo dolido y lamentándose.

Mejor le hubiese ido a tal jinete  
con el corcel y a mí con esta tierra,  
de haber dicho: «Señor, yo no soy apto<sup>[111]</sup>;  
hacedle a otro tan cortés regalo».

## SÁTIRA V<sup>[112]</sup>

### A MICER ANNIBALE MALEGUCIO

Por los demás amigos he sabido,  
y no por ti, Aníbal, que te casas:  
me duele que lo escondas, pues yo mismo  
te lo alabé. Tal vez lo has ocultado  
porque piensas que, al no tener yo esposa,  
voy a oponerme a que la tomen otros.

Si es eso lo que piensas, te equivocas:  
no la tengo, es verdad, mas no por eso  
critico a Pedro, Juan, Martín o Pablo<sup>[113]</sup>.

Lamento no tenerla, y lo atribuyo  
a varios contratiempos que impidieron  
llevar a buen efecto mis deseos;  
siempre pensé, y lo he dicho muchas veces,  
que sin una mujer al lado un hombre  
no alcanza nunca la bondad perfecta.

Sin ella no se vive sin pecado;  
quien no lo tiene en casa irá a buscarlo  
robando o mendigando en otra parte;  
si da en picotear de carne ajena,  
se vuelve tan voraz, que un día quiere  
tordo, y otro faisán, y otro becada;  
no sabe qué es amor y no valora  
la caridad: por eso son los clérigos  
gentuza tan cruel y codiciosa.

Son como lobos y asnos indiscretos.  
Tú lo sabes por Reggio<sup>[114]</sup>, y bien podrías  
decirlo si el temor no lo impidiese.

Aunque no me lo digas, me doy cuenta;  
nada diré de la obstinada Módena<sup>[115]</sup>:  
podría estar peor de lo que está.

Toma mujer, si quieres o si debes;  
no lo aplaces como el doctor Buonleo<sup>[116]</sup>,  
que se esperó hasta la vejez extrema.

Más que al de Venus, esa edad conviene  
al ejercicio de Lio<sup>[117]</sup>: siempre  
pintan lozano y joven a Himeneo<sup>[118]</sup>.

Si el deseo lo excita, el viejo cree  
que podrá acometer grandes hazañas;  
se desengaña al someterse a prueba.

Las esposas no aguantan tales menguas;  
siempre hay alguna mano aliviadora  
que socorre a las más necesitadas.

Y aunque no sea así, lo dirán todos:  
nadie escapa a la fama, que difunde  
antes lo falso que lo verdadero,

y no puede sufrirla quien aprecia  
el honor, aunque algunos como lorio  
creen que esta pasión no es la más fuerte.

«Peor —dice— es tener un niño en cuna,  
dos chiquillos jugando por la casa  
y una niña acabada de nacer,

»y estar en los confines de la vida,  
sin nadie que los guíe en el futuro  
hacia al bien, no hacia el fraude o el engaño».

Toma mujer, y no hagas como han hecho  
muchos gentileshombres de los nuestros  
que hoy yacen por iglesias y por claustros:

su intención jamás fue la de casarse,  
para no tener hijos que partiesen  
lo que no basta para uno; hacen

de maduros y aun rancios lo que, verdes,  
no hicieron, y por pueblos y cocinas  
buscan a quién hacer sus arrumacos;

les nacen hijos y los chismes crecen,  
y al final, mentirosos y cobardes,  
se casan con villanas y criadas

para no producir hijos bastardos.

Y por eso en Ferrara, si lo adviertes,  
hay tanta buena sangre espuria y falsa;

hoy son modelos para muchos jóvenes  
los abuelos maternos, y hay muy pocos  
que sigan la virtud o los estudios.

Haces, primo, muy bien tomando esposa;  
pero piénsalo antes, que no hay modo  
de decir no cuando hayas dado el sí.

Sobre esto quiero darte mi consejo  
y, aunque no me lo pidas, indicarte  
qué es lo que has de buscar o evitar debes.

Quizá te rías porque no comprendes

que yo te pueda aconsejar, pues nunca  
tuve el cuello o los pies bajo tal nudo.

¿No has visto, cuando juegan dos, que hay uno  
que está mirando y a menudo sabe  
mejor que el jugador lo que ha de hacerse?

Si mi opinión se acerca a la diana  
o da en ella, hazme caso; si va errada,  
despréciala sin más, y a mí también.

Antes de darte otros remedios, digo  
que si es un rostro hermoso el que te mueve,  
haces muy bien siguiendo tu deseo.

Si ella te gusta, todo son virtudes,  
y ningún orador griego o latino  
será jamás capaz de disuadirte.

Aunque no estoy para guiar a un ciego,  
si distingues lo negro de lo blanco  
considera el consejo que te ofrezco.

Si mujer quieres y el honor te importa,  
con cuidado averigua cómo es ella,  
cómo es su madre y cómo sus hermanas.

Si en caballos, en bueyes y otras bestias  
se vigila la casta, más con ellas,  
que son más falsas que otros animales.

Nunca nació una cierva de una vaca  
ni paloma de un águila, y tampoco  
una hija honesta de una madre infame.

La rama sale a la raíz, y encima  
el ejemplo doméstico la tuerce  
sin remisión y barre la bondad.

Cuando la madre tiene dos amantes,  
ella procura cuatro o más de seis;  
tira su red a todos cuantos puede,

para mostrar que no es menos hermosa  
y que los dioses fueron más espléndidos  
al darle la belleza. Es importante

saber con qué nodriza se ha criado,  
si en casa o en la corte y si ha tenido  
huso y aguja o músicas y cantos.

Ni la dote mejor, ni los más nobles  
parientes, ni los títulos más altos  
te convienen si exceden tu fortuna;

qué difícil será que la contentes,  
si no es con veinte damas y criados

y un paje que le airee las vergüenzas<sup>[119]</sup>.

Querrá una enana y un bufón y un séquito de acompañantes de comida y juego que a lo largo del día la entretengan.

Nunca saldrá de casa sin carroza, aunque este, en mi opinión, no es gran dispendio si lo comparas con los otros gastos:

pues si tú, que en tu tierra eres primero por sangre y por riqueza, no lo haces, no lo harán los que están entre los últimos.

Y si Juanita va mañana y noche vagando con caballos de alquiler, ¿qué hará el que paga el pienso y el herraje?

Mas si las otras tienen dos, la rica quiere cuatro, y si accedes te arruina y te engatusa más que a mi Rinaldo<sup>[120]</sup>;

si te opones, disponte a la batalla y, como Ulises, cierra los oídos<sup>[121]</sup> a quejas, gritos, lágrimas e injurias;

pero tú no la insultes, o prepárate a oír ciento por uno y que te pique mucho más que una avispa o una abeja.

Búscala de tu misma condición, que no te meta en casa nuevos modos ni se alargue la cola en demasía.

Que no venza en belleza a las demás, ni ande siempre en convites, ni pretenda ser en todos los bailes la primera.

Ni muy guapa ni fea: halla el sendero entre belleza y fealdad, y así no te disgustará aunque no te agrade.

Más allá de esta senda está la gente bella a mano derecha, y a la izquierda toda la fealdad del mundo junta.

Si avanzas de este lado, cada vez son más horribles, y del otro encuentras rostros más bellos y más vanagloria.

Si quieres que te diga dónde debes buscar la tuya, búscala en la senda o a la derecha, pero no muy lejos.

No te alejes, no sea que tropieces con una demasiado bella y todos



por ella ardan de amor y de deseo.

Muchos la tentarán, y aunque rechace a uno, a dos o a tres, ten por seguro que alguno habrá que alcance la victoria.

Fea no te conviene, pues con ella todo será un fastidio: yo prefiero siempre la medianía a los extremos.

Que sea gentil, amable y nunca duerma con los ojos abiertos, que el ser boba es la peor de las deformidades.

Si esta acaba revuelta en un escándalo, lo ostenta de tal modo que sus hechos dan ocasión a las murmuraciones.

La otra, más sabia, a su labor se aplica en secreto, y procura, como el gato, esconder bajo tierra su inmundicia.

Que sea amable, alegre y enemiga de cualquier acto de soberbia y nunca esté triste ni nunca frunza el ceño;

que sea vergonzosa y no responda por ti si estás delante; que no huelgue ni sea ociosa, sino limpia y pulcra.

Si sigues mi consejo, te conviene doce o diez años más joven que tú; de tu edad o mayor nunca la tomes,

porque los buenos tiempos pasan antes en ellas que en nosotros, y estarás en tu flor cuando ya la verás vieja.

Pero el esposo debe ser al menos de treinta años: el furor, tan presto a arder como o extinguirse, ya ha cesado.

Debe temer a Dios, pero no aplaudo que oiga más de una misa al día, y basta si se confiesa al año una o dos veces.

No quiero que frecuente a aquellas bestias libres de albardas<sup>[122]</sup>, ni que lleve a diario al confesor guisados y pasteles.

Quiero que se conforme con la cara que Dios le dio, y que deje los colores a la señora del señor Ghinaccia<sup>[123]</sup>.

Salvo el pintarse, no debe faltarle el ornamento propio de su estado, y no creo que tú quieras afeites.

Si Herculano supiese dónde pone  
los labios cuando besa a Lidia, haría  
más ascos que al besar culo sarnoso.

No sabe que el afeite lo fabrican  
judías con sus babas<sup>[124]</sup>, y su tufo  
no se va ni mezclado con almizcle.

No sabe que con mierda de sus propios  
hijos circuncidados han disuelto  
la grasa de las víboras que crían.

¡Oh cuántas otras porquerías deajo  
con que untan su cara cuando al sueño  
se tiende el flanco y se declina el párpado!

Aquellos que las besan bien podrían,  
con menos asco y tripas más indemnes,  
besarlas en el coño en luna nueva<sup>[125]</sup>.

El solimán y los demás ungüentos  
apestosos que llenan los armarios  
provocan mil arrugas en sus rostros,  
dejan la boca fétida y podrida  
y hacen que los preciados dientes queden  
negros, escasos y desaparejados.

Que imite a las mejores, no al vulgar  
mujerío; que olvide el colorete  
y sea habilidosa con el hilo.

Si encuentras una así, yo te aconsejo  
que te cases; si luego se transforma  
y se echa a las espaldas un galán

o hace cualquier barbaridad, sucede  
como el fruto que sale muy distinto  
de las flores que abril te prometía;

búscala de tu misma condición,  
no sea que por descuido o por torpeza  
no convenga el sabor al apetito.

Pero el que va a tomarla ciegamente,  
o aun peor, que conoce sus defectos  
y la quiere por muchos que estos sean,

si acaba por tirarse de los pelos  
no puede echar la culpa a ningún otro  
ni buscar compasión para sus cuitas.

Te he enseñado a subirte en el caballo.  
Ahora te mostraré cómo guiarlo,  
cómo aguijarlo, cómo detenerlo.

Cuando tengas mujer, deja los nidos

ajenos; cuida el tuyo, por si un pájaro quiere anidar en él, viéndote fuera.

Hazle caricias, y ámala del modo que quieras ser amado; dale muestras de gratitud por todo lo que haga.

Si se equivoca alguna vez, regáñala sin ira y con amor: ya es buen castigo hacerla enrojecer sin coloretos.

Con mano dulce riges al caballo mejor que por la fuerza, y con los perros el halago es mejor que la cadena.

A estos animales, que son mucho más humanos, no siempre hay que tratarlos con desdén ni con gestos de amenaza.

Piensa en ella como una compañera, no como en una esclava que has comprado y está bajo el dominio de tu imperio.

Intenta complacerla en todo, salvo si es un torpe capricho, pues haciéndolo podrás tenerla siempre como amiga.

Que haga lo que quiera, pero nunca sin que lo sepas tú; tampoco es bueno que le des muestras de desconfianza.

No le prohíbas ir a los convites, ni a bailes ni, a su tiempo, a las iglesias, donde acude la gente de nobleza:

no tienden los adúlteros sus redes en plazas y a la vista, sino en casas de vecinos, comadres y nodrizas.

No la pierdas de vista y, noche y día, síguela siempre con el pensamiento, que es la ocasión la que hace a los ladrones.

Procúrale una alegre compañía y vigila a quién metes en tu casa, no vaya a ser que esté el peligro dentro; pero debes hacerlo con cautela, pues ella con razón se enfadaría si en ti advirtiese tal desconfianza.

Quítale la ocasión de emputecerse, pero si al cabo da en ramera, al menos procura que no sea por tu causa.

No sé si, aparte de éste que te he dicho, hay un modo mejor para evitar

que tu mujer se entregue a otros hombres.

Pero si ella lo desea, olvídate  
de poder impedirlo, pues su engaño  
acabará venciendo a tu prudencia.

Hubo una vez cierto pintor, llamado  
Galasso<sup>[126]</sup>, que pintaba siempre al diablo  
con bellísimos ojos, rostro y rizos,  
y además sin las garras ni los cuernos,  
y no pintaba tan hermoso al ángel  
enviado por Dios a Galilea<sup>[127]</sup>.

El diablo, que no quiso ser vencido  
por el pintor en cortesía, al alba  
se le apareció en sueños y le dijo

brevemente quién era y que quería  
premiarlo por pintarlo tan hermoso,  
que estaba agradecido y que pidiese  
todo lo que quisiera y que estuviese  
seguro de que al punto lo obtendría,  
e incluso más de lo solicitado.

El pobre, que vivía muy celoso  
de su mujer, inmensamente bella,  
siempre angustiado y siempre sospechando,  
rogó que le mostrase de qué modo  
podía conseguirse que el marido  
estuviese seguro de la esposa.

El diablo le puso, según cuentan,  
un anillo en el dedo y luego dijo:  
«No te traicionaré mientras lo lleves».

Alegre con saber que al fin podría  
conservar fiel a su mujer, despierta  
con el dedo en el higo de su esposa.

Que nunca saque el dedo de este anillo  
el que no quiera recibir vergüenza  
de su mujer, aunque de poco sirve  
si ella lo quiere y se propone hacerlo.

## SÁTIRA VI<sup>[128]</sup>

### A MICER PIETRO BEMBO

Bembo, quisiera, como cualquier padre atento anhela, ver en mi Virginio juntas todas las artes de los hombres;

y como en ti las veo reunidas con excelencia, espero que te encargues, en prueba de amistad, de procurarlo.

No pienses, sin embargo, que me excedo con este ruego, porque no te pido que ejerzas de Demetrio o de Musura<sup>[129]</sup>

(no hay que darte molestias semejantes), sino tan solo que lo consideres y que intentes saber por tus amigos

si hay en Padua o Venecia algún buen griego, bueno en ciencia y costumbres, que desee hospedarlo en su casa e instruirlo.

Ha de tener doctrina y, sobre todo, bondad: que, cuando esta no se encuentra, la otra, en mi opinión, no vale mucho.

Sé que está la doctrina más a mano que la bondad: hoy casi es imposible que de su unión florezca brote alguno.

¡Oh qué desventurada edad la nuestra, en que tan raramente las virtudes se dan sin mezcla de nefandos vicios!

Muy pocos son los humanistas libres del vicio por que Dios se vio forzado a hundir Gomorra y la ciudad vecina<sup>[130]</sup>:

el fuego que envió lo arrasó todo, hombres y casas; Lot apenas pudo huir, y su mujer quedó atrapada.

El vulgo, si oye a alguno que parece poeta, ríe y dice: «Es peligroso, cuando duermes con él, darle la espalda».

Y además de esta tacha, el ‘pecadillo’<sup>[131]</sup> de España le atribuyen, que descrea de la unidad de Padre, Hijo y Espíritu.

Y no es porque se ocupe discurrendo  
si uno nace del otro o si es posible  
el misterio de ser único y trino,  
sino porque imagina que negando  
lo que todos aprueban, se encarama  
aún más allá del cielo con su ingenio.

Si Nicoletto o fray Martín<sup>[132]</sup> dan trazas  
de infieles o de herejes, yo lo imputo  
a su mucho saber, y no me indigno:  
porque si el intelecto se levanta  
a contemplar a Dios, no nos extrañe  
que caiga alguna vez ciego y confuso.

Pero si son humanos tus estudios,  
tus asuntos son bosques y collados,  
el murmullo fecundo de algún río,  
cantar viejas hazañas, con lamentos  
mullir las almas duras y a los príncipes  
saciarlos con mentidas alabanzas,  
dime, ¿qué puede embarullar tu mente  
y robarte el sentido de manera  
que ya no creas lo que creen todos?

El nombre de algún santo o un apóstol  
que los padres escogen al hacerte  
cristiano simplemente con el agua,  
lo transformas en Cósmico, en Pomponio,  
y así lo van aderezando muchos:  
Pedro es Pierio, y Juan, Jano o Joviano<sup>[133]</sup>;  
como si el nombre —y nadie con cordura  
lo pensará— te hiciese más poeta  
que los años brindados al estudio.

Estos serían los que Platón quiso  
fuera de su república, fundada  
con santas normas; pero muy distintos  
fueron Febo, Anfión y los poetas  
que compusieron los primeros versos  
y que, con buen estilo y buenas obras,  
lograron que los hombres conviviesen  
y dejasen de andar desperdigados  
por las selvas en busca de bellotas;  
y así los más robustos, que empleaban  
su fuerza con el débil por quitarle  
la mujer, el ganado o la comida,  
acataron las leyes y, escarbando

la gleba con su arado, recogieron,  
no sin sudor, los frutos merecidos.

Después los escritores han contado  
a la crédula plebe que con rocas  
llegadas al son dulce de las cítaras  
uno levantó Troya y otro Tebas<sup>[134]</sup>,  
y que Orfeo sacó de sus guaridas  
a tigres y leones con el canto.

Aunque grito y me aflijo con la nuestra  
más que con otras disciplinas, veo  
que todas van igual, y que su enmienda  
no es cosa únicamente de palabras;  
pues de la corrupción de sus pupilos  
no solo ha de dolerse Quintiliano<sup>[135]</sup>.

Pero si muestro las ajenas manchas,  
dirás que he saqueado los armarios  
de Pedro el Aretino y del Pistoia<sup>[136]</sup>.

La honra y la censura de los otros  
me fastidia y me agrada mucho menos  
que la vidriosa prez de los poetas.

De muy distinto modo me lamento  
si sé que consideran imprudente,  
vanidoso y voluble al rubio Aonio,  
que si dicen lo mismo de su hermano  
el letrado<sup>[137]</sup>, a quien otro cretino  
lo premió con el manto y el capelo.

Si sé que el viejo Placidiano quiere  
tomar el fango que de joven daba  
y ser mozo en lugar de caballero,  
me duele más que oír que a mi vecino  
Andrónico lo cubre el mismo lodo<sup>[138]</sup>  
y lleva casi un siglo sin quitárselo.

Si Pándaro es avaro, glotón Curio,  
Flavio murmurador, Póntico idólatra,  
me duele mucho más que si Cusatro  
ofrece a bajo precio las sentencias  
falsas, o si Battista el cirujano<sup>[139]</sup>  
añade a sus remedios algún tósigo,  
o que si aquel teólogo que usa  
exabruptos plebeyos ha tenido  
con su ramera al menos dos bastardos,  
y por saciar su ávida garganta

ahorra en lo demás, mientras su madre,  
sucia y hambrienta, va pordioseando;  
después, gritando hasta desgañitarse,  
exige que yo ayune, que sea casto  
y que ame al prójimo como a mí mismo.

Pero apenas abruman mi cabeza  
las faltas de estos otros: no me quitan  
el sueño ni tampoco el apetito.

Volviendo, pues, al punto abandonado,  
quisiera que a mi hijo le encontrases  
un maestro alejado de estos vicios,

y que en la lengua original le ayude  
a entender lo que en Troya y en el largo  
peregrinaje padeciera Ulises,

lo que escribieron Sófocles, Eurípides,  
Apolonio, y aquel que mordió en Ascra  
cierto laurel y se volvió poeta,

y el que sacó del agua a Galatea<sup>[140]</sup>,  
Pindaro y todos los que a las argivas<sup>[141]</sup>  
Musas deben sus lenguas elocuentes.

Ya conoce por mí a Virgilio, Horacio,  
Terencio, Ovidio y aun ha visto escenas  
plautinas, que andan pálidas y trucas.

Hoy puede ya sin mí llegar a Delfos  
tras las huellas latinas, hoy ya puede  
ir al monte Helicón<sup>[142]</sup> y coronarlo;

pero para que vaya más seguro  
quiero que lo acompañe algún buen guía  
que sea natural de aquella tierra.

Mi pereza o mi suerte no consienten  
que pueda abrirle yo el templo de Delos,  
aunque conmigo entró en el Palatino<sup>[143]</sup>.

Cuando aún no asomaba en mis mejillas  
ni una brizna de vello y me encontraba  
dispuesto para el canto pegaseo<sup>[144]</sup>,

¡triste de mí!, mi padre con espuelas,  
dardos y lanzas me atrapó y me tuvo  
entre textos y glosas cinco años<sup>[145]</sup>.

Pero al ver que ni el tiempo ni las obras  
daban ningún provecho, al fin se avino,  
no sin disputas, a aceptar mi gusto.

Veinte años tenía y precisaba



un pedagogo, pues a duras penas  
entendería al traductor de Esopo<sup>[146]</sup>.

Quiso favorecerme la Fortuna  
y me ofreció a Gregorio da Spoleti<sup>[147]</sup>,  
a quien no faltarán mis bendiciones.

Sabía los secretos de ambas lenguas  
y podía juzgar si mejor trompa  
tuvo el hijo de Venus o el de Tetis<sup>[148]</sup>.

Pero no me intrigaba ni la ira  
de Hécuba, ni cómo robó Ulises  
a Reso los caballos y la vida<sup>[149]</sup>;

quería comprender antes la cólera  
de Juno con Eneas al privarlo  
de la tierra bellísima de Hesperia;  
para mí tengo que saber la lengua  
de los aqueos no resulta honroso  
sin entender primero a mis latinos.

Progresaba con una y no con otra  
y la Ocasión pasó, porque no supe  
asirla del mechón que me ofrecía.

A Gregorio después la infortunada  
Duquesa<sup>[150]</sup> lo tomó para aquel hijo  
a quien su propio tío hurtó el ducado.

La infeliz vio muy pronto la venganza,  
pero con gran dolor, porque el castigo  
perjudicó también a un inocente.

El tío y el sobrino, en un instante  
despojados del feudo y las riquezas,  
fueron cautivos en dominio galo.

A ruego de Isabel siguió Gregorio  
a su nuevo discípulo y al poco  
su muerte nos cubrió de pesadumbre.

Esta desgracia y las demás que entonces  
vinieron, me apartaron de Talía,  
de Euterpe y de las otras siete musas.

Murió mi padre y tuve que olvidarme  
de María y pensar tan solo en Marta<sup>[151]</sup>;  
dejar a Homero y atender las cuentas;

buscar marido, dote y acomodo  
a dos de mis hermanas<sup>[152]</sup> evitando  
que la herencia menguase o se extinguiese;  
cuidar de los hermanos más pequeños

y cumplir como padre los encargos  
del deber y el afecto; depararles  
lo que más convenía (los estudios,  
la corte u otra empresa)<sup>[153]</sup> sin que el vicio  
estropease espíritus tan tiernos.

Y esto no fue lo único que pudo  
detener mis estudios, aunque al menos  
no deshice lo andado; pero entonces  
eran tantos los males que aturdían  
mi mente, que esperé ver a la Parca  
dando a mi vida la última puntada.

Pandolfo<sup>[154]</sup>, cuya dulce compañía  
nutría y alentaba mis estudios  
con dulce emulación, y que era a un tiempo  
pariente, amigo, hermano y alma mía,  
pero no la mitad, sino alma entera,  
sin dejarme la más pequeña parte,  
murió poco después: ¡Ay, Ariosteo  
linaje, qué gran pérdida fue aquella,  
porque era el mejor ramo que tenías!

Tanto te hubiese enaltecido en vida,  
que ninguna otra estirpe en tus solares  
de Ferrara y Bolonia lo igualara.

Si la virtud da honor, si da vergüenza  
el vicio, en él se hallaba reunido  
todo el honor que pueda desearse.

Además de perder a dos amigos  
tan buenos y a mi padre, me vi atado  
al duro yugo del Cardenal d'Este<sup>[155]</sup>;  
pues desde la elección hasta la muerte  
de Julio, y con León otros siete años,  
tuve tan poco asiento a su servicio,  
que de poeta me trocó en arriero:  
¡tú dirás si por hoyas y barrancas  
podía yo aprender griego o caldeo!

Milagro fue que no me sucediese  
igual que a aquel filósofo a quien todo  
se le olvidó después de la pedrada<sup>[156]</sup>.

Para que nada estorbe a mi Virginio,  
para que no repita mi tardanza,  
te ruego, Bembo, en fin, que le procures  
un guía que lo lleve hasta el Parnaso.



## SÁTIRA VII<sup>[157]</sup>

### A MICER BONAVENTURA PISTOFILO, SECRETARIO DUCAL

Pistofilo, me escribes que, si quiero servir de embajador del Duque un dempo junto al papa Clemente, he de decírtelo para que así te ocupes en lograrlo, y no olvidas poner de manifiesto los motivos que puedan convencerme:

que he sido buen amigo de estos Médicis<sup>[158]</sup> durante mucho tiempo, que me has visto hablar con familiaridad con ellos durante su destierro y cuando fueron rehabilitados y cuando León lució la cruz de oro en sus zapatos<sup>[159]</sup>; que además de ser útil al propósito del Duque, lograría beneficios, y no pequeños, para mi provecho y mi honor; que en la orilla de un gran río pescaré mucho más que en un arroyo. Pon atención ahora a mi respuesta.

Te agradezco, ante todo, que conserves un deseo tan vivo de ensalzarme, que, siendo un buey, por un corcel me tengas; digo también que por servir al Duque con armas en la guerra, a Francia, a España y a la India me iré, no solo a Roma; pero para decirme que se ganan honor y bienes, busca otro señuelo, si quieres que en la trampa caiga el pájaro.

Porque, en cuanto al honor, ya tengo todo el que quiero, y me sobra, si en la calle más de seis se descubren con respeto, porque saben que a veces a una mesa me siento con el Duque y me concede algún favor, a mí o a mis amigos.

Y si como de honor me siento ahíto lo estuviese de bienes, mi deseo,

que yerra sin cesar, se calmaría.

Solo quiero el caudal que me permita,  
sin pedir a los otros, vivir libre,  
y no tengo esperanza de obtenerlo,

si ya tantos amigos han tenido  
potestad para hacerlo y he acabado  
siempre en la servidumbre y la pobreza.

No deseo que aquella que no huyó  
del vaso del incauto Epimeteo<sup>[160]</sup>  
de la nariz me tire como a un búfalo.

Me fastidia esa rueda<sup>[161]</sup> que en los naipes  
se pinta siempre de la misma guisa:  
no puede ser mentira tanto acuerdo.

Aquella que en lo alto tiene un asno:  
este enigma lo entiende todo el mundo  
sin que acuda la Esfinge a interpretarlo.

Se ve también que todo el que la escala  
va volviéndose asno por arriba  
y lo de abajo permanece humano.

Si no me acuerdo más de la esperanza,  
que vino con las flores primerizas  
y huyó sin esperar hasta septiembre

(llegó aquel día en que a León le dieron  
por esposa a la Iglesia y yo vi a muchos  
amigos míos con las ropas cárdenas<sup>[162]</sup>;

llegó en calendas y se fue en los idus),  
si no vuelvo a acordarme de ella, nunca  
podré fiarme de promesa ajena.

A la remota cúspide del cielo  
se encaramó mi estúpida esperanza  
cuando el santo Pastor me dio la mano

y besó mis mejillas; pero puestos  
a prueba en pocos días sus efectos,  
todo lo que subió, bajó enseguida.

Hubo una calabaza que creció  
tan alto, que en apenas unos días  
cubrió la copa de un peral vecino<sup>[163]</sup>.

Una mañana, tras un largo sueño,  
abrió los ojos el peral, y viendo  
los nuevos frutos sobre su cabeza,

dijo: «¿Quién eres tú? ¿Cómo has subido  
tan alto? ¿Dónde estabas antes, cuando,

cansado, al sueño di estos ojos tristes?».

Ella dijo su nombre y, señalando dónde había brotado, explicó luego que en tres meses llegó hasta donde estaba.

«Yo —le replicó el árbol— he tardado, luchando contra el sol, el hielo, el viento, treinta años en llegar hasta esta altura.

»Y tú, que en un suspiro has alcanzado el cielo, ya verás como sin duda menguará tu vigor con igual prisa».

Así podría decirle a mi esperanza, que tan deprisa me condujo a Roma, el que arriesgó su cuello por los Médicis, o le ayudó a sobrellevar su exilio, preparar su regreso o convertirlo, siendo humilde cordero, en un león<sup>[164]</sup>.

El que hubiese tenido, como Carlo Sossena, algún espíritu adivino hubiese dicho a todos, a Lorenzo, ya convertido en duque, al de Namorse, al cardenal De Rossi y al Bibbiena (que debería haber seguido en Tours), también a Contesina, a Magdalena, a la nuera, a la suegra, a toda aquella familia tan henchida de contento<sup>[165]</sup>:

«Esta comparación es muy conforme a vosotros, porque si vuestro gozo pronto subió, pronto caerá abatido:

»moriréis todos, y es fatal que luego muera León, y aun antes que ocho veces vuelva a tal signo el fundador de Troya<sup>[166]</sup>».

Pero por no hablar más, si no es preciso, digo que desde entonces se quedaron todas mis esperanzas sepultadas.

Si León no me dio, de entre los suyos ninguno me dará. Para pescarme cubre el anzuelo con distinto cebo.

Si crees aún que debo ir, pues sea; pero no por honor, que no lo busco, ni por riqueza, porque no la espero.

Dime mejor que dejaré estas rocas ásperas y esta inculta gente hecha

a imagen del lugar en que ha nacido;  
que no tendré que castigar a uno,  
amenazar a otro o lamentar  
que aquí la fuerza a la razón ofende<sup>[167]</sup>.

Dime que alguna vez podré, en mi ocio,  
visitar a las Musas y con ellas  
poetizar bajo las sacras frondas;

que a diario podré charlar con Bembo,  
el docto Jovio, Sadoletto, Blosio,  
Cavallo, Molza, Vida y Tebaldeo<sup>[168]</sup>;

tomar a alguno de ellos como guía  
por las siete Colinas, libro en mano,  
que me muestre de Roma los rincones:

«Aquí —señale y diga— estuvo el Circo,  
aquí el Foro, Suburra, el sacro cerro<sup>[169]</sup>,  
aquí el templo de Vesta, aquí el de Jano».

Dime que podré hallar en cuanto leo  
o escribo algún consejo de un latino,  
o de toscano o de barbado argivo<sup>[170]</sup>.

También me puedes ofrecer los muchos  
libros antiguos que, para uso público,  
Sixto recopiló del mundo entero<sup>[171]</sup>.

Si tú propones esto y lo rechazo,  
dirás sin duda que mi entendimiento  
con algún negro humor se ha corrompido.

Y yo, en respuesta, haré lo que hizo Emilio,  
y enseñándote el pie<sup>[172]</sup> diré: «No sabes  
dónde me aprieta y duele este zapato».

De mí mismo me aparta el que me mueve  
de mi tierra, y no puedo, ni en el seno  
de Jove, ser feliz fuera de ella.

Y si yo no pudiese cada cinco  
o seis meses pasar uno entre el Duomo  
y las estatuas de mis dos Marqueses<sup>[173]</sup>,  
ya hubiese muerto con la lejanía,  
o estaría tan flaco como aquellos  
del purgatorio que la fruta ansiaban<sup>[174]</sup>.

Si he de estar lejos, mucho menos duro  
será vivir en el sagrado campo  
de Marte<sup>[175]</sup>, que en la fosa que ahora habito.

Mas si quiere el señor satisfacerme,  
que me llame a su lado y no me envíe

más allá de Bondeno ni de Argenta<sup>[176]</sup>.

Si me preguntas por qué quiero tanto  
mi cuna, lo diré de peor gana  
que cuando al confesor digo mis culpas;  
sé que dirías: «¡Vaya pensamientos  
de un hombre que ha dejado ya sus buenos  
cuarenta y nueve años a la espalda!»<sup>[177]</sup>.

Bien me viene esconderme en este valle:  
a cien millas tus ojos no distinguen  
si está amarillo o rojo mi moflete;

si me vieses la cara, aunque estoy lejos,  
jurarías que está más colorada  
que la de doña Ambra o de su hija<sup>[178]</sup>,

o la del capellán que había bebido  
ya dos frascos de vino y el tercero,  
robado al fraile, le cayó en la plaza.

Si me tuvieses cerca, cogerías  
alguna maza para apalearme  
en cuanto oyeseis qué razón tan loca<sup>[179]</sup>  
me impide vivir lejos de vosotros.





LUDOVICO ARIOSTO (Reggio Emilia, Italia, 1474 - Ferrara, Italia, 1533) Poeta italiano. Con la figura de Ariosto llegó el Renacimiento italiano a su cenit. Miembro de una familia aristocrática, ya desde joven recibió el apoyo de la casa de Este, una familia de mecenas renacentista en cuya corte permanecería de 1503 a 1517.

Bajo la guía de su padre, que fue funcionario en la corte estense y desarrolló importantes funciones administrativas y militares, estudió con distintos preceptores y, por voluntad paterna, emprendió la carrera jurídica. Sin embargo, no tardó mucho en abandonarla para seguir su vocación, que le llevó a relacionarse con los principales representantes de la cultura del Humanismo. En esos primeros años de su juventud, época en la que, libre de obligaciones gracias a la acomodada posición de su familia, pudo frecuentar las fiestas y representaciones teatrales de la corte, empezó a cultivar la poesía, dedicándose en un primer momento a componer versos en latín.

Entre 1494 y 1503 escribió los *Carmina*, en los que retoma sobre todo los modelos de Tibulio y Horacio, pero desde 1503 versificó casi exclusivamente en lengua vulgar, y cuando Bembo le invitó a perseverar en el uso del latín, rechazó el consejo diciendo que más prefería «ser uno de los primeros escritores toscanos, que, con dificultad, un segundón entre los latinos». En las *Rimas*, casi todas compuestas también en ese período, experimentó con las formas petrarquistas en busca de una voz propia. En 1500, la muerte de su padre puso fin a esa vida despreocupada, ya que como primogénito tuvo que ocuparse de la administración de los bienes familiares y de la educación de sus hermanos. Las necesidades le obligaron a trabajar para el Estado de Ferrara y, entre 1501 y 1503, fue destinado como capitán al castillo de Canossa, lugar

en el que nació su primer hijo.

De regreso a Ferrara pasó a formar parte del servicio del cardenal Ippolito d'Este y, a pesar de que siempre lamentó que sus ocupaciones le robaran mucho tiempo, este cargo le permitió alcanzar una buena estabilidad económica para su familia y le dio la oportunidad de participar en las actividades políticas y diplomáticas de las cortes del siglo XVI. Como embajador estuvo en Mantua, Florencia o Roma, ciudad en la que en distintas ocasiones tuvo que entrevistarse con el papa Julio II, que no mantenía muy buenas relaciones con la familia d'Este.

Tuvo tiempo, no obstante, de componer sus primeras comedias, de imitación clásica, y destinadas a las representaciones de corte: *La Cassaria* (1508) y *Los supuestos* (1509). También se dedicó pacientemente a la composición de la primera edición del *Orlando furioso* (1516), obra a la que está ligado su nombre y que lo convirtió en una de las principales figuras literarias del *cinquecento* italiano. En 1517 rechazó la invitación del cardenal Ippolito de acompañarle en su viaje a Hungría y, ante la agria reacción de éste, decidió dejar su cargo. Pocos meses después entró al servicio del duque Alfonso I, del que obtuvo un sueldo para que pudiese continuar sus estudios, pero también encargos y misiones no exentos de responsabilidad, como el de gobernar la turbulenta provincia de la Garfagnana entre 1522 y 1525.

Durante los años de colaboración con el duque escribió las comedias *I Studenti* (1518) e *Il Nigromante* (1520), así como las *Sátiras* (1517-1525), siete episodios de su vida, entre ellos el de su negativa a marchar a Hungría y su agitada estancia en la Garfagnana, con los que conformó un retrato del espíritu cortesano de su tiempo enriquecido con intensas y perspicaces observaciones morales. También consumó la segunda versión del *Orlando furioso* (1521), cuyo éxito fue tal que entre ese año y 1531 se llegaron a publicar 17 ediciones más, algunas de ellas sin su autorización.

De regreso a Ferrara decidió repartir el patrimonio familiar entre sus hermanos y se construyó su propia casa, la *Parva Domus*, donde pudo dedicarse casi exclusivamente a las letras. Además de reescribir sus viejas comedias, compuso una nueva, *La Lena* (1528), considerada la mejor de su producción y que fue representada por primera vez, un año después de su publicación, en un teatro del palacio ducal construido para la ocasión. También preparó y publicó una tercera edición del *Orlando furioso* (1532), que por los numerosos añadidos y correcciones apareció casi reescrito. En el momento de su muerte, cuando su fama se había extendido ya por toda Europa y había recibido numerosos reconocimientos, incluso por parte del emperador Carlos V, seguía trabajando para mejorar y modificar su poema.

# Notas

[1] advertencia

El título del prólogo remite por contraste al de un viejo trabajito sobre el *Orlando furioso* que acabó llamándose «Ariosto y la mentira» (*Quimera*, núm. 86, marzo de 1989, pp. 36-39, y tirada aparte en Barcelona, Ediciones del Autor, 1995). En los últimos años, la significación histórica y literaria de las *Sátiras* no ha dejado de crecer a los ojos de los especialistas, pero por no remontarnos a las tan bellas como antiguas páginas de Benedetto Croce ni descender a la mención de artículos escondidos en revistas profesionales, varios de ellos de gran interés e importancia, bastará con destacar ahora algunos libros aparecidos o reeditados en fechas recientes: Walter hinni, *Metodo e poesia di Ludovico Ariosto e altri studi ariosteschi*, edición de Rosanna Alhaique Pettinelli, Florencia, La Nuova Italia, 1996; Corrado Bologna, *La macchina del «Furioso». Lettura dell'«(Mando)» e delle «Satire»*, Turin, Einaudi, 1998 (se trata esencialmente de los capítulos incluidos en la magnífica serie *Letteratura italiana. Le Opere*, dirigida por Alberto Asor Rosa, II: *Dal Cinquecento al Settecento*, Turín, Einaudi, 1993, pp. 181-352); Bruno bonatti, *Ariosto pensoso. Lettura delle «Satire»*, Florencia, Nuova Toscana, 1984; Riccardo bruiscagli, *Ariosto*, Bari, Laterza, en prensa; Giuseppe fatini, *Il modello ariostesco. La satira classicista nel Cinquecento*, Roma, Bulzoni, 1988; Antonio fortichiari, *Invito alla lettura di Ludovico Ariosto*, Milán, Mursia, 1994; Mario Santoro, *Ariosto e il Rinascimento*, Nàpoles, Liguori, 1989.

Las notas que siguen se limitan a identificar personajes históricos, aclarar las alusiones literarias menos inteligibles o llamar la atención sobre juegos de palabras que unas veces se han conservado y otras se han perdido, pero quien lo desee puede consultar con más provecho las ediciones de Cesare SEGRE (Turín, Einaudi, 1987: su texto crítico es el reproducido aquí, con unas pocas modificaciones tipográficas) y de Guido davico bonino (Milán, Rizzoli, 1990). En la traducción nos resignamos a la incapacidad de preservar la rima, pero escogemos los endecasílabos blancos porque tienen, como los tercetos originales, una gran tradición en la poesía epistolar. <<

[2] Cuando el cardenal Ippolito d'Este se trasladó a Agria (Eger, en Hungría, al este de Budapest), Ariosto prefirió quedarse en Ferrara y no formar parte del séquito, provocando la ira y las amenazas de su señor. En esta sátira, que se escribió en fechas cercanas a la partida del cardenal (25 de octubre de 1517), el autor se interesa por la situación en la nueva *corte* (cfr. v. 2) y expone sus razones a dos de los cortesanos: su amigo el gentilhomme mantuano Ludovico da Bagno, secretario de Ippolito desde 1506, y Alessandro Ariosto, el más joven de sus hermanos varones. <<

[3] *Valentino y Póstumo*: dos médicos de la corte de Ippolito, Giovanni Andrea Valentino y Guido Silvestri, llamado *il Postumo*, que fue también poeta (cfr. *Orlando furioso*, XLII, 89). <<

[4] La *estufa*, como las *stufte* del original, es aquí un ‘apoyento al que se da calor’. <<

[5] *los montes Rífeos*: montes de la legendaria Escitia, región del Asia antigua famosa por su clima gélido (compárese Virgilio, *Geórgicas*, III, 381, o Dante, *Purgatorio*, XXVI, 43). <<



[6] *vino humoso*: vino fuerte, de alta graduación, muy alcohólico (como el falerno, adjetivado igual por Tibulo, II, 1, 27); para ese sentido de *humoso* en castellano, compárese Góngora, *Soledades*, I, 167: «No de humosos vinos agravado». <<

[7] El *maestro Pasino* era, en efecto, cocinero del cardenal Ippolito. <<

[8] El *contador Francesco di Siviero* tenía a su cargo la compra de alimentos para el servicio del cardenal. <<

[9] Ariosto imagina la exigencia de una dieta adecuada para prevenir o mejorar el catarro (causado, según la vieja teoría de los humores, por exceso de flema en el cerebro). <<

[10] «*Oh, si el señor te ha dado...*»: supone la objeción de Apolo y las Musas, pero los escasos beneficios obtenidos no se deben a la poesía, poco apreciada por su señor; en la vida y en la literatura de la época no era desconocido, por cierto, el juego de palabras *Culiseo*. <<

[11] El *Barco* (de *parco*, ‘parque’) era un lugar de recreación de los d’Este que comprendía unos espaciosos campos situados al norte de Ferrara, entre los muros de la ciudad y el río Po. <<

[12] *la hora nona*: el mediodía. <<

[13] *vela hasta que empieza el bergamasco / a forjar clavos*: ‘vela hasta que inician su jornada los herreros’ (porque los de Bergamo destacaban en el oficio). <<



[14] Hacía aproximadamente un año que Ippolito d'Este había cedido a Ariosto el beneficio de la cancillería arzobispal de Milán, que por la fecha en que se escribe la sátira se dividía en tercios: uno para el notario del cardenal (el *notaio* desaparecido de la traducción), y los otros dos para Ariosto y su socio Antonio *Costabili*. <<

[15] *Marón*: el poeta Andrea Marone, que solicitó en vano acompañar al cardenal a Agria; Ippolito se decidió por Celio Caleagnini (cfr. v. 171). <<

[16] *la canosa edad de Néstor*, desde Homero, la longevidad de Néstor (tres generaciones o tres siglos) era proverbial. <<

[17] *a ver Agria ni Buda*: Ippolito alternaba sus estancias en estas dos ciudades. <<

[18] *Si a tu pro genie soy tan poco grato...*: en el *Oriando furioso*, Ariosto celebró al paladín *Ruggiero* como cabeza de la casa d'Este. <<

[19] *Gismondo*: Sigismondo Cestarelli, administrador de Ippolito. <<

[20] *ya no iré más a Roma a toda prisa / para aplacar la ira de Segundo*: recuerda los servicios prestados a Ippolito en agosto de 1510 con motivo de un rápido y accidentado viaje (*de posta en posta*, como dice en el v. 99) para mediar ante el papa Julio II. <<

[21] *estar siempre a su lado / como hace el Boyero con la Osa:* porque la constelación del Boyero (*Artofilace*) está muy próxima a la Osa Menor. <<



[22] *el Lete*, el río del olvido. <<

[23] *si el señor llama a Celio o a Marón: dos poetas cortesanos* (cfr. la nota al v. 115).

<<

[24] Alude a la costumbre, recogida por varios testimonios de la época, de reclamar un pago simbólico (*cinque soldi*) a quien dejaba incompleto un cuento o sucedido. <<

[25] Ludovico Ariosto era el mayor de diez hermanos (cfr. v. a 17, y III, v. 17), cinco de ellos varones. En el otoño de 1517, *Carlo* era comerciante en el reino de Nápoles, en cuya costa fue capturado por los turcos *Cleandro*, personaje de la comedia ariostesca / *suppositi*, (*Masso* intentaba obtener en Roma (la «ciudad de Evandro» desde Virgilio, *Eneida*, XI, 26) alguna prelatura o canonjía; de *Alessandro* ya sabemos algo, y el paralítico *Gabriel* no se hallaba en la mejor condición para cuidar una casa en la que aún vivía la menor de las hermanas (*la quinta*), Taddea, que iba a casarse pronto; la mayor (también llamada Taddea) había muerto de niña; otra había entrado en religión, y las dos restantes ya estaban casadas. <<

[26] *la edad de nuestra madre*. Daria Malaguzzi, viuda desde 1500, tenía entonces sesenta y tres años. <<

[27] Ariosto tenía cumplidos los cuarenta y tres (desde el ocho de septiembre); cabe entender que había entrado ya en su año *cuarenta y cuatro*. <<

[28] *Filo, Cento, Ariano y Caito* son lugares próximos a Ferrara en cada uno de los cuatro puntos cardinales. <<

[29] *Tana*: nombre clásico del río Don. <<



[30] Ariosto convierte irónicamente en *asno a* la zorra del apólogo horaciano aquí imitado (*Epístolas*, I, vii, 29-33). <<

[31] En el original italiano hay un juego de palabras entre *bolle* ('tonel') y *di bollo* ('de golpe'). <<

[32] El arcipreste de Sant'Agata (Faenza), Giovanni Fusari, había nombrado a Ariosto sucesor de los beneficios del arciprestazgo, pero surgieron otros pretendientes que, aprovechando que no se habían formalizado todas las gestiones, estaban dispuestos incluso a envenenar al viejo Fusari (cfr. vv. 130-135); Ludovico se ve en la obligación de viajar precipitadamente a Roma para asegurarse las rentas, y ruega a su hermano Galasso que le busque acomodo. La sátira se escribió entre noviembre y diciembre de 1517, pues a mediados de este mes el poeta ya estaba instalado en la ciudad papal. <<

[33] En Adviento, los cardenales cambiaban sus ropajes rojos por otros de color violeta, pero Ariosto pensaría también en otras semejanzas con las serpientes. <<

[34] El verano romano se consideraba poco saludable, aunque en noviembre acechaba otro mal: el sacro tribunal de la Rota (*rueda*), comparada, por sus pleitos interminables, con la rueda de fuego que en el Tártaro martirizaba al *malvado Ixión* (cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 461). <<

[35] *el templo al que da nombre / aquel valiente apóstol*: la basílica de San Pedro; el episodio de Malco se cuenta en Juan, 18, 10. <<

[36] El nombre *Vorano*, aplicado aquí con perspicacia etimológica (*vorare*) a un cocinero glotón, proviene de Horacio (*Sátiras*, I, viii, 39). <<

[37] *Elisea*: un frondoso bosque en las hoces del Po. <<



[38] *Sisto*: un puente romano; Ariosto quiere beber agua del Tíber, pero de la que haya reposado al menos durante seis días. <<

[39] Alude a los vinos de otras regiones con la mención de ciertos rasgos tópicos de sus habitantes: el vino de Córcega, cuna de piratas; la malvasia de Grecia, patria de grandes engaños, y la garnacha (*vernaccia*, cf. v. 66) de Liguria, sobre uno de cuyos ciudadanos ya habló Virgilio («vane Ligus...», *Eneida*, XI, 715). <<

[40] A diferencia del seguramente proverbial *fray Rendo* (el *frate Ciurla* del v. 58), *fray Gualengo* y *micer Moschino* (apodo de Antonio Magnanimo) eran dos conocidos bebedores de Ferrara; del segundo, que murió ahogado en 1497, habló Ariosto graciosamente en el (*Manda*: «non adora... altro che 'I vino, / e le bigonce a un sorso n'ha già vuote. / Come veneno e sangue viperino / Tacque fuggia quanto fuggir si puote: / or quivi muore; e quel che più l'annoia / è 'l sentir che ne l'acqua se ne muoia» (XIV, 124). <<

[41] *a Gorgadello o donde el Moro: dos famosas hosterías de Ferrara.* <<

[42] En muchas cortes de Italia, y particularmente en la corte romana, se habían adoptado las fórmulas de cortesía españolas, que los escritores consideraban excesivas y ridículas (allí y aquí: recuérdese el episodio del escudero en el *Lazarillo*). Este *ujier* es, además, español, y se diría que Ariosto nos ofrece el primer testimonio literario del castizo «Vuelva usted mañana». <<

[43] Es decir, 'aunque vengan San Pedro, San Pablo, San Juan y aun el mismo Jesucristo'. <<

[44] Ariosto acude a Roma (*el Aventino*) para asegurarse los beneficios de la cancillería de Milán (cfr. I, 109-111, y IV, 181) y arreglar los papeles del arciprestazgo de Santa Ágata. <<

[45] Como Ariosto no era sacerdote, debía confiar los beneficios del arciprestazgo a un tercero. <<



[46] *El viejo arcipreste* Giovanni Fusari. <<

[47] *a tus manos o a manos de Alessandro*: Galasso había entrado en religión, y Alessandro estaba a punto de hacerlo. <<

[48] La única preocupación de los criados es pensar en sus amadas, aquí reunidas bajo el nombre de *Fiammetta*, que no es precisamente la de Boccaccio, sino una célebre prostituta romana de la época de Ariosto. <<

[49] *en Ponte, Ranchi y las callejas próximas*: en la concurridísima plaza junto al Puente de Sant'Angelo, en la céntrica zona de Banchi y también en los callejones de peor fama. <<

[50] *por forrar de verde el negro / capelo*: ‘para llegar a obispo’ (cfr. III, 105). <<

[51] *Ripa*: Ripagrande, la zona de los mercados. <<

[52] «Quizá *haya alguno de ellos que...*» Aquí supone el poeta una objeción del interlocutor. <<

[53] El *grado que al de Sumo Pontífice segunda* es el de cardenal. <<



[54] *al altro trono por el que San Giorgio / tanto luchó y se mortifica en vano:* Raffaele Riario, cardenal de San Giorgio, urdió una conjura para dar muerte y suceder en el papado a León X, pero fue descubierto. <<

[55] *aqueos o epirotas*: nombres antiguos de griegos y albaneses, que en la época de Ariosto tenían sus dominios en *Mocea*, en el Peloponeso, y en *Arta*, al sur de Albania; los gobernadores o cabezas de esos lugares se llamaban propiamente *déspotas*. <<

[56] *La Columna romper, malar al Oso...*: Ariosto imagina a un papa que tiene todos los rasgos de Alejandro VI, conocido por su nepotismo y porque, en lugar de combatir al infiel, luchó contra los Colonna y los Orsini (de ahí el juego de palabras) para usurparles Palestrina y Tagliacozzo; alude también a otros episodios sangrientos y a la concesión de honores (el ducado de Romagna, por ejemplo) a sus hijos (*sangre bastarda*). <<

[57] *Y veremos después al fiero Marte...*: ahora se refiere al papa Julio II, enzarzado en campañas militares que lo obligaban a reclutar mercenarios de otros países. <<

[58] En el original hay varios juegos de palabras: el vino es tan viscoso que se escurre y teme (de *filare*, ‘estar al final del tonel’ y ‘tener miedo’) romperse el cuello si le dan la vuelta (*dar volta* es también ‘acabarse, estropearse’). <<

[59] *Si la baqueta me dejase...: se refiere a la baqueta con que se daba la orden de acabar la comida; creo que llenarla andorga, por 'hartarse de comer', es la expresión más próxima al también festivo levar satollo il capellán. <<*

[60] *por dos julios*: ‘por cuatro perras’; la moneda debía su nombre al papa Julio II. <<

[61] Al no obtener el perdón de Ippolito (cfr. I, 136-138), Ariosto entra al servicio del duque Alfonso d'Este el día 23 de abril de 1518. Muy poco tiempo después, seguramente durante el mes de mayo, escribe esta sátira para informar de la nueva situación a quien intercedió por él, su primo Annibaie Malaguzzi, que desempeñaba un cargo de importancia en la administración de Reggio. <<



[62] Ludovico Ariosto fue el primogénito de Niccolò Ariosto y *Daria* Malaguzzi. <<

[63] *aquello que Saturno / le hizo al suyo*: para no tener hermanos y vengar a su madre, Saturno (Cronos) castró a su padre el Cielo (Urano). <<

[64] *diez hermanos (entre hombres / y mujeres)*: por orden de nacimiento, eran Ludovico, Taddea (que murió prematuramente), Gabriele, Laura, Giulia, Virginia, Cario, Galasso, Alessandro y otra Taddea (cfr. la nota a I, 199-213). <<

[65] *la locura / de las ranas*: alude a la fábula esópica de las ranas que pidieron un rey a Zeus (núm. 44 de la colección augustana). <<

[66] *Mercurio nunca amó a los míos*: era dios del comercio y de la riqueza. <<

[67] *el hijo / de Maia*: Mercurio (cfr. v. 23). <<

[68] *Quien busca honor de espuela o de capelo:* es decir, honores caballerescos o eclesiásticos. <<

[69] *el monte que divide y el que cierra / Italia: los Apeninos y los Alpes; los dos mares que la bañan: el Tirreno y el Adriático.* <<



[70] *el resto de la tierra /... lo iré viendo /... con Tolomeo*: es decir, ‘mirando libros de geografía’. <<

[71] *leño*: a imagen del *lignum* horaciano, fue sinécdoque habitual para designar la nave. <<

[72] *mi corazón siempre se queda*: porque permanece con Alessandra Benucci, el gran amor de Ariosto. <<

[73] *y antes de que las puertas florentinas / se abriesen para él y su Giuliano / se refugiase en la feltresca corte*, los Medici fueron expulsados de Florencia en 1494, y no volvieron de su destierro hasta 1512 (cfr. w. 94-95); uno de ellos, Giuliano de Nemours, hermano menor del futuro papa, se refugió en 1504 en la corte de Urbino (la de los Montefeltro), frecuentada por Baldassare Castiglione (*el creador del cortesano*) y Pietro Bembo (cfr. la sátira VI). <<

[74] *de Palacio / huyó el Confalonier tras el desastre*, cuando los Medici recuperaron el control de Florencia, tuvo que escapar el vencido gonfalonier Soderino (cfr. vv. 158-159). <<

[75] *y hasta que se fue a Roma a ser León: Giovanni de' Medici tomó, como papa, el nombre de León X.* <<

[76] *la cresta verdinegra*: el tocado de los obispos. <<

[77] *Neri, Vanni, Lotti y Bacci*: notables apellidos florentinos. <<



[78] *para restituirlo en su Florencia / se sublevaron contra Soderino*: cfr. w. 95-96. Siguen luego otros servicios y favores prestados a los Medici; unos los ayudaron en *Casentino*, base de varios ataques contra Florencia; el sastre *Brandino* ayudó económicamente a Giovanni de' Medici en Venecia, y el *otro* del v. 163 debe de ser Francesco Maria de la Rovere, que hospedó y mantuvo a Giuliano en Urbino (cfr. vv. 89-90). <<

[79] *el Leteo*: el río del olvido, porque es frecuente que el que medra pierda la memoria del pasado. <<

[80] No sin ironía, Ariosto alude a un supuesto favor de Giovanni de' Medici, ya flamante papa, con la condonación de una parte de las cargas del beneficio de Sant'Agata, gestionado por el cardenal Bibbiena (cfr. II, 98-114); después, el poeta tuvo que ir, bajo la lluvia, a cenar solo a una hostería (la entonces célebre del *Montone*), lejos de la corte papal. <<

[81] *más mitras y diademas / de las que ve el Jonás de la Capilla / en la misa papal todas reunidas*: el profeta Jonás, pintado por Miguel Ángel en uno de los flancos de la Capilla Sixtina, tendría una visión privilegiada de cuanto allí sucedía. <<

[82] *cerasta*: serpiente muy venenosa, símbolo de la ambición. <<

[83] Como indicó Cesare Segre, Ariosto debió de conocer una versión de esta fábula próxima a la que ofrecen el *Tristan en prose* y las *Intercenali* de Leon Battista Alberti. <<

[84] *la cabeza rapada* como un sultán o *con tonsura* como un papa; cfr. vv. 238-239.

<<

[85] *el que, debiendo defender la Porta Giove... : por encargo de Ludovico il Moro, Bernardino da Corte debía defender el castillo de los Sforza en Milán (designado metonimicamente por «la Porta Giove»), pero lo entregó por dinero a los franceses; la traición fue muy sonada y su protagonista se convirtió por mucho tiempo en dechado de deslealtad. <<*



[86] *el Bomba*: «si ignora chi si nasconda sotto questo nomignolo» (Cesare Segre). <<

[87] *el Borna* tampoco ha sido identificado. <<

[88] *a mitra puntiaguda*: la toca de cardenal, pero también el capirote infamante de los condenados. <<

[89] El duque Alfonso d'Este, empeñado en los preparativos de la guerra contra León X, decidió reducir gastos suprimiendo, entre otros, el sueldo de Ariosto (cfr. la explicación de los versos 172-177); para compensar de algún modo al poeta, lo nombró «Comisario» en Garfagnana. Ariosto, que aceptó doblemente obligado por su situación económica y su condición de servidor, llegó a Castelnuovo el día 20 de febrero de 1522, y un año después escribió esta sátira para hacer balance y confesar los motivos principales de su desencanto. <<

[90] *después de que el León yaciera en Roma*: León X, que había arrebatado al duque Alfonso el control de la Garfagnana, murió en diciembre de 1521; tras su muerte (que cabría agradecer, dice Ariosto, a una oportuna mediación del cielo), el gobierno de la región volvió a manos de los d'Este. <<

[91] *las diosas que custodian / la planta de que tanto comí antaño*: las Musas y el laurel, favorecedores de la actividad poética, abandonada por Ariosto durante un año entero. <<

[92] *me ha ocurrido / como al ave que, puesta en otra jaula, / se pasa muchos días sin cantar, comp. III, 37-39. <<*

[93] *la única / que de mi corazón lleva las riendas*: Alessandra Benucci, «la mujer que siempre está conmigo», como dirá después (v. 51, y comp. III, 72). <<



[94] *que se acerca a los cincuenta*: al escribir esta sátira tenía Ariosto cuarenta y ocho años y medio. <<

[95] *Ermiliano*: el cardenal Francesco Armellini, que se enriqueció al servicio de León X; Ariosto compara su pasión por el dinero con la que el *Gianfa* (el humanista Gianfrancesco Fortunio) siente por *Alexis*, en evidente referencia al amor homosexual con la pauta de un famosísimo *incipit* virgiliano: «Formosum pastor Corydon ardebat Alexim» (*Bucólicas*, II). <<

[96] *Rinieri*: seguramente se trata del cardenal Niccolò Ridolfi, conocido por su soberbia y ambición. <<

[97] *Solonio*: el cardenal Lorenzo Pucci, encargado de la dataría durante el papado de León X, y que en razón de su cargo recorría los principales lugares de negocios de Roma, mencionados en los versos siguientes. <<

[98] No hay duda de que *Laurino* designa a Lorenzo de' Medici, que aprovechó su condición de Duque de Urbino (desde 1516, cfr. VII, 95-96) para convertirse en Capitán general e intentar convertir el estado de Florencia en un principado. <<

[99] *las diosas de Parmeso: las Musas.* <<

[100] *tu hermosa villa / del Mauriciano*: una villa de los Malaguzzi en la que Ariosto había pasado alguna temporada veinte años atrás. <<

[101] *el fértil Iaco*: el Monteatico, en Albinea, donde los Malaguzzi tenían otra hacienda. <<



[102] *el gorgonio lago*: la fuente de la inspiración poética, llamada Hipocrene porque brotó de una cox de Pegaso, hijo de una de las Gorgonas. <<

[103] *los valles de Asara o de Libetro*: lugares consagrados a las Musas, el primero en Beocia y el segundo en Macedonia. <<

[104] *podrán sacarme un metro ni una rima*: la distinción es pertinente, porque *metro* se refiere a la poesía latina y *rima* a la escrita en lengua vulgar. <<

[105] *el Noto: viento del Sur; estoy cercado / por la desnuda Pania y la queirrada / que da celebridad a un peregrino: Castelnuovo de Garfagnana tiene cerca dos picos eminentes, la Pania, en los Montes Apuanos, y el de San Pellegrino, en los Apeninos.*

<<

[106] *la Roca*: la fortaleza en que residía el Comisario ducal. <<

[107] *desde que la Pantera y el León / tuvieron al país entre sus garras*: aunque la Garfagnana fue casi siempre dominio de los d'Este, había sido invadida y sometida durante un breve período por la república de Lucca (en cuyo estandarte figuraba una pantera); el león puede referirse en concreto al papa León X (cfr. v. 9), o más genéricamente al Marzocco (cfr. w. 187-189), el león sedente de la enseña de Florencia. Como resultado de tan numerosos conflictos y tan variados señoríos, los garfañinos estaban hechos a la sedición. <<

[108] *y además en Milán pedía en vano, / mudas las leyes entre tantas armas, / los rendimientos de mi beneficio.* Ariosto dejó de percibir su estipendio como servidor de Alfonso, pero además las guerras de Lombardia le impedían recibir los beneficios de la cancillería arzobispal de Milán (cfr. I, 109-111, y II, 98-105). <<

[109] *la revuelta / en que los garfañinos obligaron / a Marzocco a buscarse nuevos feudos: la rebelión en que los garfañinos expulsaron a los florentinos, cuyo blasón era un león sedente (el Marzocco: cfr. v. 155).* <<



[110] *me ocurre como al gallo / que halló una perla y no supo apreciarla*: alude a una conocida fábula de Fedro, III, xii; en cuanto al ejemplo que explica más detenidamente a continuación, téngase en cuenta que de los malos jinetes se decía que montaban «*alla veneziana*» (Castiglione, *Cortesano*, I, xxvii, y comp. II, lii), porque los venecianos destacaban, tópica y lógicamente, por su falta de destreza para montar a caballo. <<

[111] «*Señor, yo no soy apto*»: «Se V. Ecc. non mi aiuta a difendere l'onore l'ufficio, io per me non ho forza di farlo. [...] Seria meglio, s'io non ci sono idoneo, a mandare uno che fosse più al proposito» (carta de Ariosto a Alfonso d'Este fechada en Castelnuovo el 30 de enero de 1524). <<

[112] Aunque no se sabe con certeza la fecha del matrimonio de Annibaie Malaguzzi con Lucrezia Pio, a la vista de varios indicios (por ejemplo, la alusión a otro primo del poeta, Rinaldo, en el verso 138) es razonable pensar que esta sátira debió de escribirse a lo largo de 1519. Cronológicamente ocupa, pues, el cuarto lugar de las conservadas. <<

[113] *Pedro, Juan, Martín o Pablo* se citan, claro, como nombres corrientes que equivalen a la indefinición de ‘este o el otro’ o de ‘la mayor parte de hombres’. <<

[114] *tú lo sabes por Reggio*: Annibaie Malaguzzi desempeñaba un cargo de importancia en la administración de esa ciudad. <<

[115] Llama *obstinada* a *Módena* porque se opuso con insistencia a los intereses de la familia d'Este. <<

[116] *el doctor Buon leo*: Scipione Bonlei, un cortesano estense. <<

[117] *Más que al de Venus, esa edad conviene / al ejercicio de Lio, 'la vejez es más adecuada al trasiego del vino (Lio es uno de los nombres de Baco) que a la práctica del amor'. <<*



[118] *Himeneo* es el dios antiguo de las ceremonias nupciales. <<

[119] *un paje que le airee las vergüenzas*: esta dama presuntuosa querrá que un criado vaya sujetándole o levantándole cuando convenga la cola del vestido, entonces solo permitida a la nobleza. <<

[120] *y te engatusa más que a mi Rinaldo*: aunque la *Juanita* del terceto anterior no pasa de ser un tipo (cfr. v. 9), ahora el autor se refiere en concreto a su primo el conde Rinaldo Ariosto, que se casó tres veces y murió en el verano de 1519. <<

[121] *y, como Ulises, cierra los oídos...*: alude a un conocido episodio de la *Odisea*, XII, 158-200. <<

[122] *aquellas bestias / libres de albardas* no son sino los clérigos, libres del peso de la familia y a quienes ya ha comparado con «lobos y asnos» (v. 25). <<

[123] *que deje los colores / a la señora del señor Ghinaccia*: el mote (que suena a *ghignacelo* o *ghignaccia*, ‘gesto de burla, guiño, coco’) es adecuado para el marido de una mujer fea y vulgar; con él contrastan los nombres clásicos de *Herculano* y *Lidia* en los vv. 208-209. <<

[124] *el afeite lo fabrican / judías con sus babas...*: diversos testimonios literarios de la época (*La Lozana andaluza*, por ejemplo) señalan que las mujeres hebreas confeccionaban y vendían *el solimán* y los demás *ungüentos*. <<

[125] *en luna nueva*: durante la menstruación. <<



[126] Hubo, en efecto, un pintor ferrarés llamado *Galasso Calassi*, a quien Ariosto hace protagonista de un cuentecillo que figura, con otros detalles y nombres, en el *Libro delle facezie* de Poggio Bracciolini, y que se parece a otros muchos sucedidos cómicos para ejemplificar la inevitable infidelidad de las mujeres (como «l'istoria» de Giocondo, más elaborada, que el mismo Ariosto inserta en el *Orlando furioso*, XXVIII, 4-74). <<

[127] El *enviado por Dios a Galilea* fue el arcángel Gabriel. <<

[128] Ariosto coincidió con Bembo en diversos lugares y períodos (al menos desde 1498 en Ferrara, y después en Urbino, en Roma y en Padua), y la autoridad del autor de *Gli Asolani* y de las *Prose della volgar lingua* acabó determinando en buena medida la primera gran revisión del *Orlando furioso*, operada en la edición de 1521. A finales de 1524, durante el período de Garfagnana, Ariosto ruega a Bembo que le ayude a encontrar un profesor de griego para su hijo Virginio, nacido ilegítimamente en 1509 de una tal Orsolina Sassomarino y legitimado por su padre unos años después. <<

[129] *Demetrio* Cancondila y Marco *Musura* di Creta eran profesores de griego contemporáneos de Ariosto. <<

[130] El vicio por que Dios se vio forzado / a hundir Gomorra y la ciudad vecina fue la sodomía, como se cuenta en Génesis, 19. <<

[131] A causa del desarrollo de las apostasias y a la abundancia de conversos, era proverbial en la época atribuir a los españoles el *pecadillo* (en castellano en el original) de la falta de fe, especialmente a propósito de ciertos dogmas como el de la Trinidad. <<

[132] *Nicoletto Vernia* da Chieti (muerto en 1499) propugnó el averroísmo durante parte de su vida; *fray Martín* es Lutero. <<

[133] Ariosto pone ejemplos reales: el poeta Nicolò di Lello se hacía llamar *Cósmico*, *Pomponio* era el humanista Giulio Leto, fundador de la Academia Pomponiana; los otros personajes aludidos son Giampiero Valeriano (*Pierio*), Giampaolo Parisio (Aulus *Ianus* Parrasius) y Giovanni Pontano (*Iovian*, Gioviano). <<



[134] *uno levantó Troya y otro Tebas*: se refiere a Apolo y a Anfión; por la mención de Orfeo y otros detalles, estos tercetos recuerdan la explicación de Horacio a los Pisones, *Epistolas*, II, 391-407. <<

[135] *pues de la corrupción de sus pupilos / no solo ha de dolerse Quintiliano: del abatimiento de las otras disciplinas también deberían lamentarse sus maestros y preceptores (como Quintiliano lo es de «la nuestra»; la poesía).* <<

[136] *Pietro Aretino* y *Antonio Cammelli* (llamado *il Pistoia*) eran dos célebres escritores satíricos. <<

[137] *el rubio Aonio*, el poeta Bernardo Accolti, también llamado «l'Unico» (cfr. *Triando furioso*, XLVI, 10); *su hermano el letradocho*: el jurista y teólogo Pietro Accolti, a quien siguen censurando los vv. 118-126. El insensato o «cretino» (*pazzo*) que lo hizo cardenal fue el papa Julio II. <<

[138] Varios eufemismos y juegos de palabras (*fango, ser mozo en lugar de caballero, lodo...*) expresan la sodomía de *Placidiano* y *Andronico*, que no han sido identificados. <<

[139] *Pandaro*: «un poetucolo che viveva alla corte di Leone X, detto Pindaro, il cui nome l'Ariosto, dopo averlo scritto esattamente nel manoscritto, modificò leggermente» (Cesare Segre); *Curio*: quizá se trate del latinista Celso Secondo Curione; *Flavio*: el humanista Flavio Biondo; *Póntico*: Ludovico da Ponte (Pontico Virunnio), humanista ferrarés acusado de herejía; *Cusatro*: el juez Amato Cusatro, procesado por corrupción e incesto; *Battista*: el cirujano Battista da Vercelli, que por encargo del cardenal Alfonso Petrucci intentó envenenar al papa León X. <<

[140] *aquel que mordió en Ascra / cierto laurel y se volvió poeta: Hesiodo; el que sacó del agua a Galatea: Teócrito.* <<

[141] *argivas*: griegas. <<



[142] *Delfos y el monte Helicón*: los santos lugares de la poesía griega, por su vinculación con Apolo y las Musas. <<

[143] Opone un templo griego (el de Apolo en *Delos*) a otro romano (el *Palatino*). <<

[144] *el canto pegaseo*: la poesía (cfr. la nota a IV, 129). <<

[145] *mi padre... me atrapó y me tuvo / entre textos y glosas cinco años: por voluntad paterna, Ariosto cursó estudios de leyes en la Universidad de Ferrara, de los quince a los veinte años (1489-1494).* <<

[146] *a duras penas / entendería al traductor de Esopo*: quiere decir que no entendía ni lo más fácil, por ejemplo una versión latina de las fábulas esópicas; Ariosto exagera, porque ya entonces componía poemas en latín. <<

[147] *Gregorio da Spoleti* fue maestro de Ariosto entre 1494 y 1497. <<

[148] *si mejor trompa / tuvo el hijo de Venus o el de Tetis: 'si fue cantado mejor Eneas por Virgilio o Aquiles por Homero'. <<*

[149] *ni la ira / de Hecuba ni cómo robó Ulises / a Reso los caballos y la vida: dos conocidos episodios de la Ilíada, contrapuestos a continuación con la trama de la Eneida.* <<



[150] *la infortunada / Duquesa*: Isabel de Aragón, a quien Luis XII restituyó el ducado de Milán que Ludovico el Moro había usurpado a su marido Gian Galeazzo Sforza; su hijo Francesco, acompañado por Gregorio da Spoleti, fue llevado a Francia en 1499 (cfr. v. 192), y allí se hizo monje y murió algunos años después al caer del caballo. <<

[151] Niccolò Ariosto murió en febrero de 1500. Ludovico, como primogénito, tuvo que dejar la vida contemplativa y dedicarse a la vida activa: es lo que da a entender con la alusión a las bíblicas *María* y *Marta* (cfr. Lucas, 10, 38-42). <<

[152] *buscar marido, dote y acomodo / a dos de mis hermanas*: Laura se casó en 1501, y Tadea, en 1518 (cfr. I, 211). <<

[153] *lo que más convenía (los estudios, / la corte u otra empresa): «allo studio Gabriele, alla corte Galasso e Alessandro, all' esercizio della mercatura Carlo»* (Cesare Segre). <<

[154] *Pandolfo* Ariosto fue primo y gran amigo de Ludovico (cfr. *Lirica latina*, ii y vi, y *Rime*, soneto xxxvii); murió entre 1506 y 1507. <<

[155] *me vi atado / al duro yugo del Cardenal d'Este*: Ariosto estuvo al servicio del cardenal Ippolito durante catorce años (de octubre de 1503 a septiembre de 1517), coincidiendo con el papado de Julio II y con los cinco primeros años (no *siete*) del de León X. <<

[156] *aquel filósofo a quien todo / se le olvidó después de la pedrada*: este suceso lo cuentan, entre otros, Plinio y Valerio Máximo. <<

[157] Es respuesta a una carta perdida en la que Bonaventura Pistofilo le ofrece el cargo de embajador del Duque ante Clemente VII, elegido papa en noviembre de 1523 y enzarzado durante los meses siguientes en diversas disputas con Alfonso d'Este; tras la negativa de Ariosto, un tal Giacomo Alvarotti tomó posesión del cargo en abril de 1524, de modo que la sátira debió de escribirse en Garfagnana poco tiempo antes. <<



[158] *que he sido buen amigo de estos Médicis*: véase III, 85-105. <<

[159] *cuando León / lució la cruz de oro en sus zapatos: cuando fue elegido papa León X.* <<

[160] *aquella que no huyó / del vaso del incauto Epimeteo*: se refiere a la Esperanza, que se quedó encerrada en la caja de Pandora (cfr. Hesiodo, *Los trabajos y los días*, 83-105). <<

[161] La *rueda* de la Fortuna, que en los juegos de cartas de la época solía pintarse como se describe. <<

[162] *llegó aquel día en que a León le dieron / por esposa a la Iglesia y yo vi a muchos / amigos míos con las ropas cárdenas: León X fue elegido papa en marzo de 1513 («vino con las flores primerizas»), y unos meses después otorgó capelos cardenalicios a varios de sus parientes. <<*

[163] La fábula de la calabaza era muy conocida en la tradición oral italiana. <<

[164] Cfr. III, 154-165. <<

[165] Se decía que *Carlo Sossena*, astrólogo del duque Ercole d'Este, tenía encerrado un espíritu que le facilitaba las profecías. Alude después a la suerte desgraciada de varios Médicis que habían sido favorecidos por León X: *Lorenzo di Piero*, duque de Urbino desde 1516 y muerto a los veintisiete años; *Giuliano*, hijo de Lorenzo el Magnífico y duque de *Namorse* (Nemours) en 1519, a cuya muerte dedicó Ariosto varias composiciones; *Luigi de' Rossi*, muerto en 1519 a los dos años de su elección como cardenal; *Bernardo Dovizi di Bibbiena*, muerto (quizá envenenado) al poco de su regreso como legado del papa en Tours; *Contessa Medici in Ridolfi*, *Maddalena Medici in Cybo* (hermanas de León); la *nuera* (Maddalena de la Tour d'Auvergne) y la *suegra* (Alfonsina Orsini), muertas, respectivamente, en 1519 y 1520. <<



[166] *antes que ocho veces / vuelva a tal signo el fundador de Troya*: antes de que Febo (el sol) vuelva ocho veces sobre el signo del león; es decir, antes de ocho años: el papa León X murió el 1 de diciembre de 1521. <<

[167] Sobre la rudeza de la Garfagnana y sus gentes, compárese el inicio de la sátira IV. <<

[168] Escritores y humanistas que por entonces residían en Roma: Pietro *Bembo*, Paolo Giovio (*Iovio*), *Sodoletto*, *Blosio*, Marco *Cavallo*, Francesco Maria *Molza*, Marco Girolamo *Vida* y Antonio Tebaldi (*Tebaldeo*). <<

[169] *el sacro cerro*: el Capitolio, llamado así ya por Horacio, *Odas*, IV, 11, 35. <<

[170] *argivo*: griego. <<

[171] *los muchos / libros que, para uso público, / Sixto recopiló del mundo entero: se refiere a la Biblioteca Vaticana, especialmente enriquecida por los desvelos del papa Sixto V.* <<

[172] *enseñándote el pie*: según refiere Plutarco en la vida correspondiente, eso es lo que hizo Paulo *Emilio* para justificar por qué había repudiado a su rica y bella esposa Papiria. <<

[173] *entre el Duomo / y las estatuas de mis dos Marqueses*: en la misma plaza de la catedral de Ferrara se encontraban las estatuas de Nicolò y Borso d'Este. <<



[174] *tan flaco como aquellos / del purgatorio que la fruta ansiaban*: véase Dante, *Purgatorio*, XXIII, 22-36. <<

[175] *sagrado campo / de Marte*: Roma. <<

[176] *Bondeno y Argenta* son lugares próximos a Ferrara, uno al este y el otro al oeste.

<<

[177] *cuarenta y nueve años*: los había cumplido cinco o seis meses atrás. <<

[178] *más colorada / que la de doña Ambra o de su hija*: no es preciso que se refiera a hechos reales, pero estas dos mujeres pudieron haber sido célebres por su abuso de los afeites (recuérdese la sátira V, 202-228), y escenas como la del capellán son frecuentes en la literatura, culta o popular, de la época (Cesare Segre señala como posible «fonte... indiretta... un aneddotto del libro II del *Dialogo* di san Gregorio»).

<<

[179] La *loca razón* era el amor, como reconoce, en parecidos términos, en la sátira IV, 19-36. <<